



74

Josep M. Rambla
Seminario de Ejercicios (EIDES)

EJERCICIOS ESPIRITUALES
DE SAN IGNACIO DE LOYOLA
Una relectura del texto (4)

**EJERCICIOS ESPIRITUALES
DE SAN IGNACIO DE LOYOLA**
UNA RELECTURA DEL TEXTO (4)

Josep M. Rambla, sj.
Seminario de Ejercicios (EIDES)

INTRODUCCIÓN: SEGUNDA PARTE DE LA SEGUNDA SEMANA	3
I. EL CUARTO DÍA	4
1. Las Dos Banderas	4
2. Los Binarios	10
II. A PARTIR DEL QUINTO DÍA	14
1. Contemplando	14
2. «Antes de entrar en elecciones... tres maneras de humildad»	16
III. «JUNTAMENTE...» [EE 135]: LA ELECCIÓN	20
1. Disposición previa	20
2. Objeto de la elección	22
3. Elección [EE 175-188]	24
4. Para enmendar y reformar la propia vida y estado	31
5. Distribuir limosnas	34
NOTAS	38

Josep M. Rambla, sj. Licenciado en teología. Es autor entre otros de *Dios, la amistad y los pobres. La mística de Egide Van Broeckhoven*, Santander, Sal Terrae, 2007; así como de las ediciones en catalán de los *Ejercicios Espirituales (Exercicis Espirituals)*, Barcelona, ed. Proa, 1990) y de la autobiografía de san Ignacio (*El pelegrí*, Barcelona, ed. Claret, 1991).

Este cuaderno cuenta con la colaboración de la *Direcció General d'Afers Religiosos del Departament de Governació i Relacions Institucionals*



Generalitat de Catalunya
**Departament de Governació
i Relacions Institucionals**

Edita Cristianisme i Justícia - Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
93 317 23 38 - info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. - Depósito Legal: B-22045-2014
ISBN: 978-84-9730-342-2 - ISSN: 2014-654X - ISSN (ed. virtual): 2014-6558
Octubre 2014

Revisión y corrección del texto: Pilar de la Herran
Maquetación: Pilar Rubio Tugas

Protección de datos: La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGACIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Sólo se usan para la gestión del servicio que le ofrecemos, y para mantenerlo informado de nuestras actividades. Puede ejercitar sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a c/ Roger de Llúria 13, Barcelona.

INTRODUCCIÓN: SEGUNDA PARTE DE LA SEGUNDA SEMANA

Las páginas del presente comentario tienen como tema central la elección, momento que da una identidad particular a la experiencia de los Ejercicios ignacianos. La clásica división de los intérpretes entre «eleccionistas» (Hummelauer, H. Rahner, Fessard, K. Rahner...) y «unionistas» (Peters, Casanovas, Cusson...), según pongan el fin de los Ejercicios en la elección de estado o en la disposición para la perfección cristiana o la unión con Dios, no tiene especial relevancia. Porque en definitiva hay que reconocer que los Ejercicios llevan a la contemplación para alcanzar amor que dispone para «en todo amar y servir a su divina majestad» [EE 233], pero a la vez, la manera como se dispone la persona que se ejercita para llegar a esta disposición final es la elección del estado o forma de vida o la reforma de la propia vida y estado según los modos de elegir que Ignacio propone. Sin embargo, estas discrepancias que en el fondo son diferencias de perspectiva, no hacen sino poner de relieve el papel central que tiene la elección en el proceso espiritual de los Ejercicios.¹

Si nos fijamos en el momento que representa la elección en la mistagogía de los Ejercicios y en el camino recorrido por el ejercitante, hemos de reconocer la luz que aportan aproximaciones como las de Gaston Fessard o de Javier Melloni, que destacan el carácter de experiencia cumbre de la elección, que delimita un antes y un después en el transcurso del camino espiritual que recorre el ejercitante. Según el esquema tradicional de las tres vías (purgativa, iluminativa y unitiva) a las que se refiere el texto de los Ejercicios [cf. EE 10,2-3], la elección es el momento de la unión que divide en dos el proceso de los Ejercicios. Por tanto, las distintas partes del presente comentario hay que entenderlas como piezas de un único mosaico, la forma de vivir cristiana del ejercitante, que es el objeto de la elección.

Conviene destacar que el itinerario propuesto por el libro de los Ejercicios a partir del «cuarto día» abarca: las dos meditaciones propias del cuarto día [EE 136-157] y ocho días de contemplación de los misterios de Cristo en los que se tratará la materia de elecciones [EE 158-163]. Para iniciar de modo conveniente esta materia y «afectarse a la vera doctrina de Cristo», se propone la consideración de las tres maneras de humildad [EE 164-168]; y, para interpretar bien la experiencia espiritual de la elección se añaden unas relativamente extensas orientaciones [EE 169-189]. Son días de una trascendencia y riqueza espiritual notables en los que culmina el camino de los Ejercicios, puesto que luego llegará el tiempo de la inmersión gratuita en el misterio nuclear del cristianismo, el misterio pascual (3ª y 4ª semanas).

I. EL CUARTO DÍA

Ya ha pasado al lenguaje corriente llamar «cuarto día» al día de los Ejercicios, que incluye las meditaciones de Dos Banderas y de Tres Binarios. Es un día de particular importancia e intensidad espiritual, que introduce la segunda parte de esta semana en la que llega a su punto culminante el proceso de elección, momento central de los Ejercicios.

1. LAS DOS BANDERAS

1.1. Situación del ejercicio

A este ejercicio se dedicarán cuatro horas de oración, con lo cual se sugiere la importancia capital que tiene este momento dentro del conjunto de la experiencia. Puede decirse que esta meditación marca una inflexión en el proceso de los Ejercicios: se acentúa el momento cristológico, o sea la ruptura con todo intento de reduccionismo del seguimiento a un mesianismo jesuánico.

Este ejercicio toma de nuevo la imagen del servicio guerrero que ya apareció en la meditación de la llamada del Rey Eternal, aunque aquí la mirada no se fija en la persona que llama, sino en la bandera que convoca al campo donde se for-

ma el ejército de cada uno de los contrincantes.² El ejercicio se construye sobre unos presupuestos que Ignacio no explicita, pero que son fundamentales para la realización apropiada del mismo. En primer lugar, se da por supuesto que la vida cristiana es una continua opción. Esto es lo que la tradición bíblica nos transmite con formas, palabras y símbolos muy variados: elegir entre vida y muerte, entre cielo y tierra, entre construir sobre arena o sobre roca, entre pasar por la puerta estrecha o la ancha, entre día o noche, entre luz y tinieblas, etc. Y esta elección es el resultado de un combate entre dos fuerzas o actores en nuestra vida: el príncipe de la luz o el de las tinieblas, Dios o Satanás. En segundo lugar, en este momento de los

Ejercicios la persona que se ejercita no se halla en la situación de determinarse entre el bien y el mal, puesto que ya ha realizado la primera semana en la que se ha decidido firmemente por el camino del bien, por la voluntad de Dios.

Ahora se plantea al ejercitante la necesidad de optar por una manera concreta de dirigir su vida en el camino del evangelio. Es decir se pasa del horizonte general del bien al del bien concreto en el seguimiento de Jesús, al cual se ha decantado en los primeros días de esta segunda semana. Podríamos decir que se halla en la situación de Pedro en Cesarea, cuando reconoce a Jesús como el Mesías, pero ha de dar el paso de «pensar como Dios y no como los hombres» (cf. Mc 8,33). Y precisamente porque pasar a la manera concreta de hacer de Dios, manifestada en la vida y palabra de Jesús, supone salir de las formas simplemente humanas de ver que muy a menudo se cruzan con los designios de Dios, este ejercicio es una iniciación en la sabiduría evangélica, una ayuda para guiarse bien en la opción concreta y evitar los engaños que nos suelen amenazar. El ejercitante se halla ante la necesidad de pronunciarse por la «vida verdadera», lo cual indica que hay vida falsa y engañosa, y, por tanto, ha de evitar dejarse llevar por los «engaños del mal caudillo». La meditación de Dos Banderas apunta, pues, a la lucidez del amor, es decir, es una iniciación en la sabiduría de Cristo para no dejarse seducir por los engaños bajo apariencia de bien que tantas veces nos desvían del recto camino evangélico.

[136] El cuarto día, Meditación de dos banderas, la una de Cristo, summo capitán y Señor nuestro; la otra de Lucifer,

mortal enemigo de nuestra humana natura. La sólita oración preparatoria.

- [137] 1º preámbulo. El primer preámbulo es la historia: será aquí cómo Cristo llama y quiere a todos bajo su bandera, y Lucifer, al contrario, bajo la suya.
- [138] 2º preámbulo. El 2º: composición viendo el lugar; será aquí ver un gran campo de toda aquella región de Jerusalén, adonde el summo capitán general de los buenos es Cristo nuestro Señor; otro campo en región de Babilonia, donde el caudillo de los enemigos es Lucifer.
- [139] 3º preámbulo. El 3º: demandar lo que quiero; y será aquí pedir conocimiento de los engaños del mal caudillo y ayuda para de ellos me guardar, y conocimiento de la vida verdadera que muestra el summo y verdadero capitán, y gracia para le imitar.
- [140] 1º punto. El primer punto es imaginar así como si se asentase el caudillo de todos los enemigos en aquel gran campo de Babilonia, como en una gran cátedra de fuego y humo, en figura horrible y espantosa.
- [141] 2º punto. El 2º: considerar cómo hace llamamiento de innumerables demonios y cómo los esparce a los unos en tal ciudad y a los otros en otra, y así por todo el mundo, no dejando provincias, lugares, estados, ni personas algunas en particular.
- [142] 3º punto. El 3º: considerar el sermón que les hace, y cómo los amonesta para echar redes y cadenas; que primero hayan de tentar de codicia de riquezas, como suele, *ut in pluribus*, para que más fácilmente vengan a vano honor del mundo, y después a crecida soberbia; de manera que el primer escalón sea de riquezas, el segundo de honor, el tercero de soberbia, y de estos tres escalones induce a todos los otros vicios.

- [143] Así por el contrario se ha de imaginar del summo y verdadero capitán, que es Cristo nuestro Señor.
- [144] 1º punto. El primer punto es considerar cómo Cristo nuestro Señor se pone en un gran campo de aquella región de Jerusalén en lugar humilde, hermoso y gracioso.
- [145] 2º punto. El 2º: considerar cómo el Señor de todo el mundo escoge tantas personas, apóstoles, discípulos, etc., y los envía por todo el mundo, esparciendo su sagrada doctrina por todos estados y condiciones de personas.
- [146] 3º punto. El 3º: considerar el sermón que Cristo nuestro Señor hace a todos sus siervos y amigos, que a tal jornada envía, encomendándoles que a todos quieran ayudar en traerlos, primero a summa pobreza espiritual, y si su divina majestad fuere servida y los quisiere elegir, no menos a la pobreza actual; 2º, a deseo de oprobrios y menosprecios, porque de estas dos cosas se sigue la humildad; de manera que sean tres escalones: el primero, pobreza contra riqueza; el segundo, oprobrio o menosprecio contra el honor mundano; el tercero, humildad contra la soberbia; y de estos tres escalones induzcan a todas las otras virtudes.
- [147] Coloquio. Un coloquio a nuestra Señora, porque me alcance gracia de su hijo y Señor, para que yo sea recibido bajo de su bandera, y primero en summa pobreza espiritual, y si su divina majestad fuere servido y me quisiere elegir y recibir, no menos en la pobreza actual; 2º, en pasar oprobrios e injurias por más en ellas le imitar, sólo que las pueda pasar sin pecado de ninguna persona ni displacer de su divina majestad, y con esto una Ave María. 2º coloquio. Pedir otro tanto al Hijo, para que me alcance del Padre, y con esto decir Anima Christi. 3º coloquio. Pedir

otro tanto al Padre, para que él me lo conceda, y decir un Pater noster.

- [148] Nota. Este ejercicio se hará a media noche y después otra vez a la mañana, y se harán dos repeticiones de este mismo a la hora de misa y a la hora de visperas, siempre acabando con los tres coloquios de nuestra Señora, del Hijo y del Padre. Y el de los binarios que se sigue a la hora antes de cenar.

1.2. Optar y elegir

Seguir a Jesús no puede consistir en «imitarle», ya que la persona y las circunstancias de quien quiere seguirle son totalmente distintas de las de Jesús y de su mundo. Seguir a Jesús es prolongarle en el presente con todas las circunstancias personales y sociales. De aquí que el seguimiento es creativo. Creativo, pero no arbitrario, puesto que supone guiarse por el estilo de Cristo (sus valores, su manera de vivir y de hacer). Ahora bien, según el mensaje bíblico, el creyente y el cristiano, se hallan situados ante la encrucijada de decidirse o de proceder guiándose por criterios contrapuestos: el estilo de Jesús, por un lado, y el del mal espíritu, por otro. Se nos habla en el NT del dinamismo del «espíritu» y el dinamismo de la «carne» que nos atraen o impulsan. Y, naturalmente, hay que optar, hay que decidir entre dos alternativas. Veamos la sustancia de cada una de ellas.

El «espíritu», o el estilo de Cristo, es una forma de vivir que se edifica sobre roca. Es la alternativa positiva a la hora de tomar decisiones en las encrucijadas que se nos presentan con frecuencia (administración del dinero, opciones sociales o políticas, decisiones apostólicas o

pastorales, cuestiones familiares, elección de estado de vida, etc.). Construir sobre roca es escuchar o asimilar la palabra del Señor y guiarse de hecho por ella en la decisión. Es decir, fundar la vida (personal, comunitaria, apostólica o de compromiso) en solo Dios (su palabra, su gracia). «Ningún sarmiento puede producir fruto por sí mismo, sin estar unido a la vid...» (Jn 15,4). Es decir, abandonarse plenamente a Dios y a su «pensamiento» y, así, construir sólidamente, sobre roca.

La «carne» que es el criterio contrario al de Cristo lleva a construir sobre arena. Es la alternativa negativa en dichas encrucijadas frecuentes en nuestra vida. Se construye sobre arena cuando se toma una decisión que funda la vida (personal, comunitaria, apostólica o de compromiso social) al margen de Dios. Es decir, consiste en poner la confianza en uno mismo o en pensamientos ajenos a Dios y al evangelio, en ídolos: construir sobre cosas que no tienen consistencia, sobre arena. «La dinámica del orgullo –la pulsión de apropiación llevada hasta el extremo– comienza por el deseo irrefrenable de cosas, se prolonga por el deseo de dominar a las personas, y culmina en el autocentramiento y en la autodivinización de Lucifer»³.

Ya en el mismo título de la meditación Ignacio decanta hacia un lado la presentación de los protagonistas del ejercicio: Jesús es jefe y Señor, mientras que el diablo es «enemigo...».

1.3. La verdadera sabiduría cristiana

La tradición bíblica nos presenta los auténticos creyentes como los *anawim*, el resto de Israel: «Humildes de la tierra... Un pueblo pobre y humilde, que buscará

refugio en el nombre del Señor. El resto de Israel». Estos humildes, pobres que se refugian en Dios, se contraponen a los «arrogantes fanfarrones» que serán extirpados (Sof 2,3;3,11-13).

De forma elocuente, la Biblia va transmitiendo este mensaje de fecundidad de la pobreza a partir de contrastes como éstos: la virgen es madre, la estéril es fecunda, el pobre es enriquecido y el rico desahuciado, el humilde es exaltado y el poderoso desbancado... Por esto, en cuanto aparece Jesús, son los *anawim* quienes le reconocen y le acogen y responden a su mensaje: María y José, los pastores, los magos, Simeón, Ana.

La tradición cristiana no podía hacer otra cosa que prolongar en sus mejores testigos esta enseñanza bíblica: Benito con sus grados de humildad, Francisco con su pobreza evangélica, Ignacio con las «dos banderas», Teresa de Lisieux con su infancia espiritual, Charles de Foucauld con su abandono en manos del Padre...

1.4. El camino verdadero y el camino engañoso

En sintonía con esta tradición, Ignacio señala una senda que conduce a construir sobre roca y otra que lleva a construir sobre arena. Ésta se presenta de forma engañosa, es la manera de hacer del «enemigo de natura humana», ya que la persona que quiere seguir a Jesús no va a deslizarse por rutas claramente antievangélicas, sino que a veces decidirá mal, pero «bajo apariencia de bien»... ¿Cómo es cada camino?

La senda hacia la roca firme, es decir, el camino hacia una vida verdaderamente evangélica, tiene tres etapas: Primero, el desapego real de los bienes (dinero, cul-

tura, poder, cargos, etc.). Como consecuencia de esto, se suele llegar a sufrir una cierta «minusvaloración» (ser menos considerado y tenido en cuenta, se cierran algunas puertas, hay menos gente que le rodee a uno o que le busque, no se le ofrecen determinados cargos o responsabilidades, se le tiene por persona exagerada o radical, o con poco sentido del humor, o extremista, etc.). Finalmente, estos dos escalones o etapas conducen a la auténtica humildad, que es la verdad: poner la seguridad en Dios, la roca que salva y en nadie más y en nada más.

La senda que conduce a la tierra arenosa, insegura e inconsistente, va en dirección contraria. Primero, uno pone su corazón en los bienes, como dinero, poder, cultura, cargos, comodidades, etc. Es decir, se deja llevar por la «codicia». Esto suele producir un halo de prestigio y falsa valoración: se pondera a esta persona, se recurre a ella, se la honra, se le da fácilmente la razón, su parecer tiene peso, aunque no siempre tenga la razón, ni tenga verdaderos amigos, ni valga más que otras personas menos apreciadas. Su existencia es de «cartón piedra». De resultas de esta falsedad en que vive, insensiblemente va cayendo en la soberbia: llega a ser una persona segura de sí misma, que obra por prestigio, con medios puramente humanos. Construye sobre arena.

Jesús se halló en esta necesidad de decirse por una de las alternativas que se le presentaron: dejarse llevar por la «tentación» del poder, del prestigio hasta doblar las rodillas ante el tentador, o bien abandonarse a la voluntad del Padre poniendo toda la fuerza de su misión en él. Una tentación que se irá repitiendo a lo largo de su vida, por ejemplo: cuando le

quieren hacer rey, cuando Pedro le quiere apartar del camino de la cruz, cuando los discípulos quieren que haga bajar fuego del cielo, cuando siente pavor y resistencia ante la pasión que se le viene encima, cuando en la cruz se le pide que baje de ella... En el Padre Nuestro pedimos «no nos dejes caer en la tentación», ya que la tentación nos acompaña continuamente.

1.5. Dos características de cada itinerario

1.5.1. Universalidad de la necesidad de optar

Cada alternativa (roca-arena) con su itinerario propio es una fuerza o dinamismo que atrae o seduce a su manera *a todas las personas*, porque nadie, sea en el estado o condición de vida que sea, se halla al abrigo de esta doble corriente. Además, estas dos corrientes no sólo tienen fuerza sobre el campo más estrictamente personal, sino que también influyen en lo comunitario y en el terreno de la acción (apostolado, compromiso, familia). En definitiva, todos nos hallamos siempre ante la alternativa de poner nuestra seguridad en Dios o al margen de Él. Esto sí, desde la perspectiva simplemente humana, muchas cosas siguen funcionando, pero no tienen vida propiamente evangélica.

1.5.2. Rasgos opuestos de cada camino

Cada camino tiene sus cualidades propias, que en el texto ignaciano se insinúa con la repetición del *como, de manera, como si...*⁴ La misma descripción y narración del proyecto de Dios y del *enemigo* muestran cómo el camino hacia Dios tiene rasgos opuestos al que nos aleja de

Él, es decir, tiene un estilo de actuar muy distinto del propio del *enemigo de natura humana*. En efecto, la senda de los engaños, la alternativa negativa, se caracteriza por presentarse en forma de sutilezas (sofismas, falsas motivaciones, razonamientos complicados, etc.) y con turbaciones (miedo, inquietud, confusión, etc.). Mientras que la acción de Dios es, a la larga, fuente de luz (sinceridad, claridad, sin ambigüedad, etc.) y paz (serenidad, seguridad, gozo, confianza).

1.6. Todo es gracia...

De todo lo que precede resulta evidente que el fruto de este ejercicio no es el de un esfuerzo moral para conquistar el espíritu evangélico, sino un don que hay que desear, pedir y esperar. Por esto es sumamente importante tanto el tercer preámbulo como el triple coloquio. El «conocimiento de los engaños del mal caudillo» es don especial, ya que no hay una tabla segura para dilucidar estos engaños. Y, todavía más, el «conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero capitán, y gracia para le imitar», como quiera que se trata de asimilar el sentido de la vida verdadera, que aparentemente, en medio de los valores dominantes en la sociedad, es fracaso y anulación humana y, en consecuencia, imitar al «verdadero capitán» es un don de la gracia divina. Todo es cuestión de saber distinguir lo verdadero de lo simplemente aparente y engañoso.

La meditación, realizada cuatro veces en el mismo día, hará crecer todavía más el convencimiento de que la ayuda de Dios es imprescindible, porque se trata de algo así como conseguir la autorización

para entrar en el palacio de la sabiduría evangélica, conseguir «ser recibido». En este palacio es donde habita el Dios humilde, ya que «la humildad es, tal vez, el más divino de los atributos de Dios»⁵. En consecuencia, hay que pedir y esperar con insistencia ser recibido en el seguimiento de Cristo, en pobreza evangélica, en los menosprecios que comporta el estilo de vida de Jesús pobre, para alcanzar la verdadera humildad y así estar plenamente en las manos de Dios, fuente de toda fecundidad. La intercesión de María ante su Hijo, de Jesús ante el Padre y la súplica al Padre cierran así este ejercicio en el que es Dios quien ha de realizar su obra.

1.7. El ejercicio de la meditación

La presentación de este ejercicio se hace a menudo recurriendo a textos de la Biblia: las Tentaciones de Jesús, el diálogo de Jesús con Simón Pedro después del primer anuncio de la Pasión, las Bienaventuranzas o el Magnificat, etc. Con todo, siempre permanece el interrogante de por qué san Ignacio, que conocía bien los textos evangélicos, e incluso propone entre éstos el misterio de «cómo Cristo fue tentado» [cf. EE 274], recurrió a la creación de una parábola, al igual que en el ejercicio de la llamada del Rey temporal y del Rey eternal. Por poco que se examine el texto ignaciano se ve que el santo quiso realizar una síntesis evangélica y una mistagogía, cosa que no se da en un solo texto evangélico, para lo cual creó una parábola que cumpliera con este doble objetivo. Es evidente que esta parábola es hija de la sensibilidad de una persona y de una época (como ocurre también

con los textos bíblicos que nos transmiten la palabra de Dios) y, a la hora de proponer este ejercicio, la sabiduría de la persona que acompaña es determinante, ya

que ha de desempeñar la función *semántica*, según la terminología de Roland Barthes, a partir del texto de los Ejercicios bien practicado y estudiado.

2. LOS BINARIOS

2.1. Situación del ejercicio

Al final del cuarto día, como quinto ejercicio de oración, se propone la meditación de «tres binarios de hombres para abrazar el mejor». El hecho de proponerse este ejercicio el mismo día de las Dos Banderas y como culminación del proceso de toda la jornada, muestra que esta meditación está conectada con lo que precede y también que no debe ser ninguna forma de descenso en el camino ascensional del cuarto día. Porque, en la práctica, se corre el riesgo de insistir en aspectos de compromiso personal que pueden derivar hacia una experiencia más bien voluntarista.

[149] Cuarto día. El mismo cuarto día se haga meditación de tres binarios de hombres, para abrazar el mejor. Oración. La sólita oración preparatoria.

[150] 1º preámbulo. El primer preámbulo es la historia, la cual es de tres binarios de hombres, y cada uno de ellos ha adquirido diez mil ducados, no pura o débitamente por amor de Dios, y quieren todos salvarse y hallar en paz a Dios nuestro Señor, quitando de sí la gravedad e impedimento que tienen para ello en la afección de la cosa adquirida.

[151] 2º preámbulo. El 2º: composición viendo el lugar: será aquí ver a mí mismo, cómo estoy delante de Dios nuestro Señor y de todos sus santos, para desear y conocer lo que sea más grato a la su divina bondad.

[152] 3º preámbulo. El 3º: demandar lo que quiero: aquí será pedir gracia para elegir lo que más a gloria de su divina majestad y salud de mi ánima sea.

[153] 1º binario. El primer binario querría quitar el afecto que a la cosa adquirida tiene, para hallar en paz a Dios nuestro Señor, y saberse salvar, y no pone los medios hasta la hora de la muerte.

[154] 2º binario. El 2º quiere quitar el afecto, más así le quiere quitar, que quede con la cosa adquirida, de manera que allí venga Dios donde él quiere, y no determina de dejarla, para ir a Dios, aunque fuese el mejor estado para él.

[155] 3º binario. El 3º quiere quitar el afecto, más así le quiere quitar, que también no le tiene afección a tener la cosa adquirida o no la tener, sino quiere solamente quererla o no quererla, según que Dios nuestro Señor le pondrá en voluntad, y a la tal persona le parecerá mejor para servicio y alabanza de su divina majestad; y, entretanto quiere hacer cuenta que todo lo deja en

afecto, poniendo fuerza de no querer aquello ni otra cosa ninguna, si no le moviere sólo el servicio de Dios nuestro Señor, de manera que el deseo de mejor poder servir a Dios nuestro Señor le mueva a tomar la cosa o dejarla.

[156] Tres coloquios. Hacer los mismos tres coloquios que se hicieron en la contemplación precedente de las dos banderas [147].

[157] Nota. Es de notar que cuando nosotros sentimos afecto o repugnancia contra la pobreza actual, cuando no somos indiferentes a pobreza o riqueza, mucho aprovecha para extinguir el tal afecto desordenado, pedir en los coloquios (aunque sea contra la carne) que el Señor le elija en pobreza actual; y que él quiere, pide y suplica, sólo que sea servicio y alabanza de la su divina bondad.

2.2. «Dios le pondrá en voluntad»

Este ejercicio ha de ayudar a reafirmar la respuesta libre del ejercitante a la llamada de Jesús para alistarse bajo su bandera. En el ejercicio anterior, de Dos Banderas, dominaba la presentación de los dos campos que tratan de atraer a sí al ejercitante. En él destacaba el programa y el estilo o forma de actuar del «caudillo de todos los enemigos», por un lado, y de «Cristo nuestro Señor», por otro. Y aunque en el tercer preámbulo se pide ayuda para guardarse de los engaños del «mal caudillo» y gracia para imitar al «verdadero capitán», en todo el ejercicio que se hará dos veces y además con dos repeticiones, sobresale la búsqueda del «conocimiento de los engaños» y el «conocimiento de la vida verdadera». Es decir, casi toda la jornada está dedica-

da a la impregnación espiritual del ejercitante de la sabiduría evangélica («vida verdadera» encarnada en Cristo) y a la percepción afinada de los «engaños» que se dan en la vida espiritual. En resumen, se trata de alcanzar un grado profundo de sensibilidad evangélica y correlativamente de rechazo instintivo de lo que se le opone.

En consecuencia, ahora, al terminar el día, el ejercitante compulsa el grado real de aceptación de la sabiduría propuesta por Cristo. Mide de algún modo la calidad de la acogida personal, existencial, de la «vida verdadera» propuesta por Jesús. De aquí que en «Tres binarios» se atiende especialmente a la respuesta de la persona que ha meditado intensamente «Dos Banderas» y por esto terminará con los mismos tres coloquios. Sin embargo, aunque la voluntad del ejercitante juega un papel imprescindible en este ejercicio, porque así se requiere en la vida cristiana, lo importante es lo que «Dios nuestro Señor le pondrá en voluntad» [EE 155,2].

2.3. El ejercicio de Binarios

Después de la oración preparatoria, la «historia» presenta la situación de tres binarios. «Binario» es un término convencional que se empleaba en los siglos XV y XVI para indicar en los casos de moral una persona cualquiera. Es equivalente a «tres tipos de personas», como suele interpretarse en las traducciones modernas de los Ejercicios Espirituales. Aquí se plantea el caso de tres personas que se hallan en una situación particular: han adquirido una gran suma de dinero; «no pura o débitamente por amor de Dios», es decir, no de manera inmoral, pero tampoco según criterios evangélicos; «quieren todos salvar-

se y hallar en paz a Dios nuestro Señor»; y para ello quieren eliminar el obstáculo que supone el apego al dinero que tienen.

Se plantea, pues, la tensión que se da frecuentemente entre el deseo de vivir cristianamente y en paz con Dios y los apegos afectivos que pueden constituir un verdadero obstáculo a orientar la vida en el sentido deseado. No se trata de tomar ninguna decisión, sino de disponer el espíritu para que a la hora de tomar una decisión, ésta sea «sin determinarse por afección alguna que desordenada sea» [EE 21]. Aunque en el ejercicio anterior ya se ha pedido gracia para imitar la vida verdadera de Cristo [cf. EE 139,2], allí en todos los puntos se trata de «imaginar» y sobre todo «considerar» al «caudillo de los enemigos» y a «Cristo nuestro Señor» con sus distintos programas, acción y forma de proceder, de modo que el ejercitante se vaya imbuyendo de la sabiduría evangélica y se vaya previniendo contra los engaños del enemigo. Ahora se trata de asegurar la respuesta a la invitación del Señor librándose de las malas pasadas que le pueden jugar los afectos desordenados.

2.4. Comunión y gracia

Para este objetivo, empieza el ejercitante colocándose ante Dios en comunión con todos los santos. De modo semejante se había dispuesto en la oblación del Rey Eterno y también lo hará más adelante al comenzar la contemplación para alcanzar amor [cf. EE 242], es decir en dos momentos en los que deberá dar una respuesta personal y libre a la interpelación del Señor. La respuesta de la fe ha de ser siempre absolutamente personal, pero nunca un esfuerzo prometeico, aislado, sin

la comunión e intercesión de los hermanos y hermanas que comparten una misma llamada del Señor. Es un aspecto muy importante en este ejercicio que, sin esta actitud espiritual, podría ser una especie de *tour de force* voluntarista. Además lo que se pide es «desear y conocer lo que sea más grato a su divina bondad», de modo que la decisión nazca de un conocimiento y un deseo arraigados en la persona, algo muy personal y no exterior o forzado. Luego, en el tercer preámbulo o petición, se pide «gracia» para una decisión conforme con la gloria de Dios y bien personal. Como se ve, pues, los puntos que siguen se encuadran en una actitud de fe profunda, de comunión y de gratuidad, ya que es la gracia de Dios la que ha de determinar todo, porque de Dios procede no sólo el actuar, sino incluso el querer [cf. Fil 2,13].

2.5. Tres reacciones

Los tres tipos de personas descritos en los puntos tienen de común que desean poner los medios para realizar la voluntad de Dios y, por tanto, «quitar el afecto» que tienen a la cosa adquirida. Este afecto puede ser una coartada para eludir lo que Dios quiere de cada uno.⁶ El primero da largas y no afronta el problema. Por tanto se trata de una voluntad sólo de palabra, falsa. Sin embargo, en este momento ya tan avanzado de los ejercicios, el primer binario no es una persona que va «de pecado mortal en pecado mortal» [cf. EE 314,1], sino más bien una persona que no quiere hacer frente a algún aspecto ambiguo de su vida.

El segundo es el que busca escapatorias, porque quiere, pero trata de llevar a Dios «donde él quiere». Buscará subter-

fugios, hacer cosas que sean muestra de una cierta buena voluntad, pero sin afrontar el problema del afecto de forma directa y real. Es decir, quiere lo que Dios quiere, pero con condiciones. Aunque hace frente al problema de su afecto, hace arreglos para no modificar nada del punto ambiguo y, en el fondo, manipula a Dios.

El tercero también tiene afecto al bien o cosa adquirida, pero «quiere solamente querer o no quererla, según que Dios nuestro Señor le pondrá en voluntad, y a la persona le parecerá mejor para servicio y alabanza de su divina majestad». Tiene por tanto un afecto a la cosa, pero lo subordina sinceramente a la voluntad de Dios y su servicio. Por tanto está ya ahora sinceramente dispuesto a dejar los bienes cuya posesión tal vez no corresponda a la voluntad de Dios, «de manera que el deseo de mejor poder servir a Dios nuestro Señor le mueva a tomar la cosa o dejarla».

En el PF se presentaba la consideración sobre la importancia de la indiferencia: «es menester hacernos indiferentes» [EE 23,5], en cambio el ejercitante que se halla en la disposición del tercer binario ha hecho ya suya la actitud de la indiferencia en la situación concreta de su propia vida.

Tenemos, pues, ante la vista tres situaciones o tipos de personas: el deseo falso de dejarse guiar por la voluntad de Dios y su servicio; el deseo ambiguo y engañoso; el deseo sincero y operativo de poner el servicio de Dios por determinante de la decisión, aún a pesar de una inclinación afectiva en sentido contrario. Para asegurar que la disposición es sincera y eficaz Ignacio propone una actitud de absoluta disponibilidad más a allá y en contra del propio deseo [EE 157; cf. EE 16], pero teniendo en cuenta que esta disposición ni

ha de ser una actitud voluntarista y pelagiana, ni una anticipación de una decisión que sólo podrá elaborarse a lo largo de la contemplación de los misterios, «juntamente contemplando» [EE 135,4]. Es en este sentido que ha de interpretarse [EE 157], cuya finalidad no es inclinarse hacia lo más duro, sino tratar de garantizar que los afectos no impidan abrazar lo «que sea servicio y alabanza de la su divina bondad». Y notemos que aquí se destaca la bondad de Dios, en vez de su «divina majestad».

2.6. Al final del día...

Es muy de notar que este ejercicio se pone como un quinto ejercicio del día, lo cual indica que lo más importante es la tarea de asimilación e impregnación de la sabiduría espiritual propuesta en las Dos Banderas más que el *esfuerzo* de la propia voluntad. Asimismo, puesto que los ejercicios apuntan hacia una decisión y no sólo a una consideración espiritual, se supone que el ejercicio repetido de interiorización de la «vida verdadera» de las Dos Banderas es la base indispensable de la inclinación de la existencia entera del ejercitante hacia la vida práctica de seguimiento. Pero no se ha de olvidar que este cuarto día es como «alguna introducción» para la contemplación de la vida del Señor y la elección que se irá realizando poco a poco, y que durará unos ocho días [EE 163]. Ahora, el ejercitante fija bien el objetivo para que la contemplación de la vida del Señor no se desenfoque, pero es en esta contemplación continuada donde se realizará la asimilación de la vida evangélica y se llegará a concretar el evangelio en alguna vida o estado, según se dice en [EE 135,4].

II. A PARTIR DEL QUINTO DÍA

A continuación del ejercicio de Binarios el ejercitante entra ya en la elección [EE 163 y 158]. La elección se realiza, como se ha dicho, «juntamente contemplando» [EE 135] y para esto Ignacio indica unos cuantos misterios [EE 161], que se han de tomar con una flexibilidad acorde con la situación espiritual del ejercitante que ya ha adquirido una considerable experiencia y también teniendo en cuenta que los Ejercicios son «una introducción y modo para después mejor y más complidamente contemplar» [EE 162].

1. CONTEMPLANDO

[158] Quinto día. El QUINTO DÍA, contemplación sobre la partida de Cristo nuestro Señor desde Nazaret al río Jordán, y cómo fue bautizado, núm. [273].

[159] 1ª nota. Esta contemplación se hará una vez a la media noche, y otra vez a la mañana, y dos repeticiones sobre ella a la hora de misa y vísperas, y antes de cena traer sobre ella los cinco sentidos; en cada uno de estos cinco ejercicios preponiendo la sólita oración preparatoria y los tres preámbulos según que de todo esto está declarado en la contemplación de la

encarnación y del nacimiento, y acabando con los tres coloquios de los tres binarios, o según la nota que se sigue después de los binarios.

[160] 2ª nota. El examen particular después de comer y después de cenar se hará sobre las faltas y negligencias cerca los ejercicios y adiciones de este día, y así en los que se siguen.

[161] Sexto día. EL SEXTO DÍA, contemplación cómo Cristo nuestro Señor fue desde el río Jordán al desierto inclusive, llevando en todo la misma forma que en el quinto. Séptimo día.

EL SEPTIMO DIA, cómo san Andrés y otros siguieron a Cristo nuestro Señor, núm. [275]. Octavo día. EL OCTAVO, del sermón del monte, que es de las ocho bienaventuranzas, núm. [278]. Nono día. EL NONO, cómo Cristo nuestro Señor apareció a sus discípulos sobre las olas de la mar, núm. [279]. Décimo día. EL DECIMO, cómo el Señor predicaba en el templo, núm. [288]. Undécimo día. EL UNDECIMO, de la resurrección de Lázaro, núm. [285]. Duodécimo día. EL DUODECIMO, del día de ramos, núm. [287].

[162] 1ª nota. La primera nota es que en las contemplaciones de esta segunda semana, según que cada uno quiere poner tiempo o según que se aprovechar, puede alongar o abreviar. Si alongar, tomando los misterios de la visitación de nuestra Señora a santa Elisabet, los pastores, la circuncisión del niño Jesús, y los tres reyes, y así de otros; y si abreviar, aun quitar de los que están puestos; porque esto es dar una introducción y modo para después mejor y más cumplidamente contemplar.

[163] 2ª nota. La 2ª: la materia de las elecciones se comenzará desde la contemplación de Nazaret a Jordán, tomando inclusive, que es el quinto día, según que se declara en lo siguiente.

Es de todo punto importante ser fieles al «juntamente contemplando», de modo que la elección no se realice en una actividad complementaria, al lado del curso de las contemplaciones, sino «juntamente» con ellas y mediante ellas.⁷ La razón es que «hemos de sumergirnos siempre de nuevo, muy largamente, en la vida, las palabras, los actos, los sufrimientos y la

muerte de Jesús, para así darnos cuenta de lo que Dios promete y cumple»⁸. Y la selección de misterios que propone el libro de los Ejercicios responde a la de aquellos «misterios de los que él mismo [Ignacio] en su retiro sacó mayor fruto, por la más íntima relación de dichos misterios con el fin de todo el retiro y su relación con la tarea de la elección»⁹. En efecto, la contemplación de la vida de Cristo no es sólo un modo de orar, sino que «el lugar que tiene en los ejercicios, su estructura y sus modos, la convierten sobre todo en una manera de estar con Cristo, de ser recibido en la misión de Cristo»¹⁰.

Sin embargo hay que destacar que para las contemplaciones que se harán según el modelo ya presentado en las de la Encarnación y el Nacimiento [EE 159], se tomará un solo misterio cada día. Esta particularidad indica la importancia de ahondar en la experiencia contemplativa («no el mucho saber») y la necesidad de centrarse en la atención a las mociones del Espíritu que deberán ser indicadores fundamentales para la elección. Además, cada contemplación deberá terminar con los coloquios de Banderas y Binarios [EE 147 y 157], ya que constituyen los presupuestos o coordenadas de una contemplación siempre creativa, pero bien fundada en la sabiduría de Cristo. Y, se vuelve a insistir en que se haga examen particular sobre los ejercicios y adiciones [EE 160], es decir, que se lleve una especial vigilancia sobre la necesaria atención a la acción de Dios a lo largo de todo el día, ya que esto ayuda «para mejor hallar lo que [el ejercitante] desea» [EE 73]. Sin embargo, todavía antes de iniciar el momento de la elección, Ignacio propone una consideración importante.

2. «ANTES DE ENTRAR EN ELECCIONES... TRES MANERAS DE HUMILDAD»

2.1. Situación del ejercicio

Aunque con Banderas y Binarios se han puesto ya los presupuestos de una buena elección, Ignacio todavía piensa que «aprovecha mucho considerar y advertir en las siguientes tres maneras de humildad» [EE 164,2]. Esta consideración «a ratos por todo el día» ha de ayudar a adherirse de todo corazón a la «vera doctrina de Cristo». A primera vista sorprende que esta consideración no se ponga a continuación del ejercicio de los Tres Binarios, ya que es para «antes de entrar en elecciones», las cuales comienzan enseguida después de este ejercicio, en la contemplación «sobre la partida de Cristo nuestro Señor desde Nazaret al río Jordán» [cf. EE 158 y 163]. Pero, al no tratarse de una preparación para la meditación o la contemplación, la consideración de las maneras de humildad se pone justo antes de las orientaciones para la elección, que se realiza «juntamente contemplando».

El objetivo de las Tres Maneras de Humildad no parece que sea distinto del pretendido por los dos ejercicios de Banderas y Binarios, sino una mayor ayuda para «imitar» la «vida verdadera» de Cristo [cf. EE 139,2]. Por esto quizá el santo no propone una meditación, que supondría un paso nuevo, sino un «considerar y advertir... considerando a ratos por todo el día». La práctica dominante al dar y hacer Ejercicios suele ser la de proponer las Tres Maneras de Humildad en forma de meditación o contemplación, sin embargo la

propuesta de «considerar y advertir» nos indica que lo que se pretende es que, mediante una actividad que no es discursiva como la meditación, sino una mirada atenta al contenido de las Tres maneras de Humildad, el ejercitante sea más consciente de lo que supone optar evangélicamente en la vida. Esta mirada es consideración y no contemplación, porque no es «contemplación o meditación visible» [cf. EE 47,1].

Por tanto, como todos los ejercicios, el de las Tres Maneras de Humildad no es un adoctrinamiento, sino una nueva ayuda, otro recurso para la «transformación del hombre interior» [cf. EE 3,16], finalidad de los ejercicios precedentes del «cuarto día» y de las contemplaciones que irán siguiendo, sin que añada un contenido nuevo.

Antes de la lectura del texto ignaciano, es muy útil tener en cuenta la sabia observación psicológica y teológica de Carlos Domínguez: «Toda una representación de Dios y todo un modo de concebir la salvación que éste nos ofrece han de ser tenidos en cuenta si se quiere captar la profunda intuición que Ignacio ha tenido en su ‘consideración’ de las Tres Maneras de Humildad. Aunque lo haya expresado en un lenguaje que hoy, a partir de las luces y las sombras de la sensibilidad contemporánea, no resulta fácil de comprender o asimilar»¹¹.

[164] 3ª nota. La 3ª: antes de entrar en las elecciones, para afectarse a la vera doctrina de Cristo nuestro Señor, aprovecha mucho considerar y adver-

tir en las siguientes tres maneras de humildad, y en ellas considerando a ratos por todo el día, y asimismo haciendo los coloquios según que adelante se dirá.

- [165] 1ª humildad. La primera manera de humildad es necesaria para la salud eterna, es a saber, que así me baje y así me humille cuanto en mí sea posible, para que en todo obedezca a la ley de Dios nuestro Señor, de tal suerte que aunque me hiciesen Señor de todas las cosas criadas en este mundo, ni por la propia vida temporal, no sea en deliberar de quebrantar un mandamiento, quier divino, quier humano, que me obligue a pecado mortal.
- [166] 2ª humildad. La 2ª es más perfecta humildad que la primera, es a saber, si yo me hallo en tal punto que no quiero ni me afecto más a tener riqueza que pobreza, a querer honor que deshonor, a desear vida larga que corta, siendo igual servicio de Dios nuestro Señor y salud de mi ánima; y, con esto, que por todo lo criado ni porque la vida me quitasen, no sea en deliberar de hacer un pecado venial.
- [167] 3ª humildad. La 3ª es humildad perfectísima, es a saber, cuando incluyendo la primera y segunda, siendo igual alabanza y gloria de la divina majestad, por imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobrios con Cristo lleno de ellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Cristo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo.
- [168] Nota. Así para quien desea alcanzar esta tercera humildad, mucho aprovecha hacer los tres coloquios de los binarios ya dichos, pidiendo que el

Señor nuestro le quiera elegir en esta tercera mayor y mejor humildad, para más le imitar y servir, si igual o mayor servicio y alabanza fuere a la su divina majestad.

2.2. Humildad

Aun teniendo en cuenta las notas del ejercitante Pedro Ortiz,¹² dirigido por el mismo Ignacio, que presentan las maneras de humildad como tres maneras de amar, no parece acertado dejar de lado la terminología ignaciana, que de modo muy realista, enfoca la cara pedagógica de la experiencia espiritual y, por tanto, parte de la humildad como base del progreso espiritual.¹³ Ignacio se halla en la senda de san Benito, que habla de humildad, como forma de sumisión a Dios, una sumisión que, en proceso creciente, no es más que fruto del amor.¹⁴ El cristiano, como Cristo, ha venido al mundo para «hacer su voluntad» (Heb 10,7.9) y en esta obediencia se halla la fecundidad de la vida (cf. Heb 10,10). De este modo, las maneras de humildad muestran dónde se halla el lugar supremo de la identificación con Cristo, es decir, la tercera manera que presenta la actitud misma que tuvo Jesús que, siendo de condición divina no se aferró a su condición, sino que se humilló haciéndose obediente hasta la muerte (cf. Fil 2,6-8).

Así, progresivamente, las maneras de humildad ofrecen la escala de la vida cristiana: Primero, una vida de mínimos cristianos, que supone ya un grado notable de convicción y de generosidad. Segundo, una vida cristiana con un grado ya muy notable de libertad interior para el seguimiento y de respuesta generosa al Señor

en momentos difíciles. Tercero, se abraza la locura de la cruz de Cristo y se toma a Cristo pobre y humilde como norma de toda decisión, siempre que no se imponga ya un criterio evidente para inclinar la decisión. Y, si Ignacio propone las tres maneras, y no sólo la tercera, es debido a su continua atención pedagógica al ejercitante y a los peligros de engaño con apariencia de bien. Es más, con realismo pastoral, para entrar en elecciones se requiere un mínimo que no es el máximo de la tercera manera de humildad. En un directorio autógrafo ignaciano puede leerse: «Quien no está en la indiferencia del 2º grado, no está para ponerse en elecciones, y así es mejor entretenerle en otros ejercicios hasta que venga a ella»¹⁵.

2.3. Práctica del ejercicio

No se trata, pues, de contemplar o de meditar, sino de dejar que el espíritu se deje impregnar por esta sabiduría evangélica que, por otro lado, ya va penetrando en el ejercitante mediante la experiencia de las contemplaciones de los misterios de Cristo que va siguiendo sin interrupción. Las Tres Maneras de Humildad aportan, pues, una especie de marco o de coordenadas dentro de las cuales el ejercitante sigue contemplando y dejándose mover por el Espíritu en orden a hacer una elección correcta. La repetición de los tres coloquios con la nota de Binarios, muestra con toda claridad la conexión de esta consideración con el objetivo de los ejercicios de Banderas y Binarios. Y, evidentemente, la tercera manera de humildad presenta la cumbre de la vida cristiana, cuando una persona no se mueve «por motivos objetivos; y precisamente por esto, tan entera-

mente se confía a las disposiciones indecibles del amor divino, que se distancia todavía más de sí mismo»¹⁶. Porque el contenido de esta consideración no es otro que el que han escrito tantas vidas de santos y santas como Pablo, Ignacio de Antioquía, Benito, Francisco, Ramon Llull, Catalina de Siena, Juan de la Cruz, Charles de Foucauld, Edith Stein, Juan XXIII, Oscar Romero, Pedro Arrupe, etc. La «perfecta alegría» de san Francisco ha sido a menudo una referencia tradicional que ilumina la tercera manera de humildad. Y los *locos de Cristo* son la expresión viva de esta forma de asimilar el cristianismo, que es sabiduría y fuerza de Dios (cf. 1Cor 1,25). Recordemos el testimonio del monje de Montserrat sobre Íñigo: «aquel peregrino era loco por amor de nuestro Señor Jesucristo»¹⁷.

La Tercera Manera de Humildad, después de las Dos Banderas y Binarios, que atienden a la *liberación de* dinámicas internas o externas que atan o esclavizan, va a dinamizar la *libertad para* reforzar al sujeto en vistas a la elección. Esto es posible en la medida en que el ejercitante esté plenamente dominado por una pasión, el seguimiento de Jesús pobre y humilde. Ahora bien, el ejercitante habrá ido descubriendo que Jesús nos revela a un Dios débil, porque es amor rechazado. Y, mientras el Dios omnipotente conduce fácilmente a la prepotencia y a la opresión, el Dios débil y humilde del amor, «amor que se expone y no poder que se impone»¹⁸, nos invita al amor.

2.4. Banderas, Binarios y Humildad

Muchas veces se ha comentado que el ejercicio de Dos Banderas se dirigía a la

inteligencia, el de Tres Binarios a la voluntad y las Tres Maneras de Humildad al afecto o el amor. El fundamento de esta distinción y progreso es claro, ya que el ejercitante en las Dos Banderas es iluminado sobre la verdadera doctrina de Cristo, en los Binarios trata de liberar su voluntad para responder a la llamada concreta del Señor en la elección y las Maneras de Humildad, superando la estrechez de la ley, se orientan hacia el amor sin medida a Cristo pobre y humilde. Sin embargo, el texto ignaciano, tal como lo

hemos ido siguiendo en este comentario, también nos revela cómo en el fondo del progreso que suponen estos ejercicios se halla una honda experiencia afectiva, una transformación de la afectividad y, por tanto, los tres ejercicios se orientan a una apertura del corazón al amor de Dios, que es sabiduría, moción de la voluntad y toque del corazón. Por esto, como decía repetidamente el gran experto en Ejercicios, José Calveras, resumiendo el proceso de estos tres ejercicios, se trata de «corazón, corazón, corazón»¹⁹.

III. «JUNTAMENTE...» [EE 135]: LA ELECCIÓN

Recordemos nuevamente que todo el andamiaje metódico de la mistagogía ignaciana no ha de suponer una pausa en el proceso de contemplación y trabajo espiritual del ejercitante que sigue escuchando las mociones y pensamientos que el Espíritu le inspira.

1. DISPOSICIÓN PREVIA

[169] PREAMBULO PARA HACER ELECCIÓN.

1º punto. En toda buena elección, en cuanto es de nuestra parte, el ojo de nuestra intención debe ser simple, solamente mirando para lo que soy criado, es a saber, para alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de mi ánima; y así cualquier cosa que yo eligiere, debe ser a que me ayude para al fin para que soy criado, no ordenando ni trayendo el fin al medio, mas el medio al fin; así como acaece que muchos eligen primero casarse, lo cual es medio, y secundario servir a Dios nuestro Señor en el casamiento, el cual servir a Dios es fin. Asimismo hay otros que

primero quieren haber beneficios y después servir a Dios en ellos. De manera que éstos no van derechos a Dios, mas quieren que Dios venga derecho a sus afecciones desordenadas y, por consiguiente, hacen del fin medio y del medio fin. De suerte que lo que habían de tomar primero, toman postrero; porque primero hemos de poner por objeto querer servir a Dios, que es el fin y secundario tomar beneficio o casarme, si más me conviene, que es el medio para el fin; así ninguna cosa me debe mover a tomar los tales medios o a privarme de ellos, sino sólo el servicio y alabanza de Dios nuestro Señor y salud eterna de mi ánima.

Entramos en la parte central de los Ejercicios Espirituales. Aunque no toda persona que hace Ejercicios deba hacer una elección de estado, hay que reconocer que tanto el objetivo de los Ejercicios, descrito en la primera anotación, como todo el proceso de los mismos, apuntan a algún modo de elección, ya que en ellos el ejercitante trata de disponerse a la acción de Dios en lo concreto de su vida y, para esto, se deja iluminar por Dios sobre lo que él espera de su propia vida en el momento en que se ejercita. El Espíritu Santo es creador, no deja nunca en un lugar aparcado al creyente, sino que le mueve continuamente en el camino del seguimiento de Cristo de modo dinámico. Sin embargo, la elección, no tomada como un acto de decisión moral sobre un objeto extrínseco a la persona, supone una unión profunda y renovada con Dios. Por tanto, la clásica división de los intérpretes de los Ejercicios entre *eleccionistas* y *unionistas*, que nunca se ha tomado en un sentido excluyente, habrá servido para poner más de relieve las dos orientaciones sustanciales de los Ejercicios y su íntima implicación. Los Ejercicios son una experiencia dinámica de unión con Dios y, a la vez, una forma de mayor apertura y disponibilidad a la orientación actual del Espíritu en la propia vida. Como Ignacio que «no se anticipaba al Espíritu, sino que lo seguía»²⁰, la persona que se ejercita ha de ser una persona de espíritu abierto a las sorpresas de Dios, una persona en actitud de búsqueda. Esto es lo que se expresa en uno de los directorios donde se dice que la persona que empieza los Ejercicios ha de ser una persona *ambigua*, es decir, una persona en actitud de búsqueda, «que esté angustiado en alguna manera con el de-

seo de saber qué haya de hacer de su persona»²¹.

Sin embargo, nadie ha de ser inducido a hacer elección si no se siente especialmente movido a ello, porque si la elección no fuera deseada resultaría perjudicial al ejercitante.²² Pero lo más importante es tener las actitudes espirituales de un gran deseo de conocer la voluntad de Dios y la disponibilidad para seguir el camino que el Señor le descubra. Por esto los Directorios son muy categóricos en exigir al ejercitante las disposiciones requeridas y, por tanto, es indispensable atender fielmente a las indicaciones que se proponen en el libro, ya que ponen de relieve estas condiciones necesarias para una correcta elección. En concreto, «se debe insistir en que entre en las elecciones, el que las ha de hacer, con entera resignación de su voluntad; y si es posible que llegue al 3º grado de humildad... Quien no está en la indiferencia del 2º grado, no está para ponerse en elecciones, y es mejor entretenerle en otros ejercicios hasta que venga a ella»²³.

El Principio y Fundamento, como se comentó en su momento, expresa un fin y unas consecuencias prácticas que han de estar presentes a lo largo de todos los Ejercicios, ya que enuncia un principio del que dimanen todas las consecuencias de la vida y expresa el fundamento sobre el que se ha de construir prácticamente la vida cristiana. Sin embargo, Ignacio, como buen pedagogo, en el momento en que se entra ya en la elección, en la toma de decisión, vuelve a recordar la importancia de tener bien claro el fin de la vida humana y la trascendencia de que, con «intención simple», el ejercitante ordene los medios a este fin y no al revés. Los que

no proceden así, «no van derechos a Dios», porque no ordenan los medios a lo que hay que ordenarlos, a «sólo el servicio y alabanza de Dios nuestro Señor y sa-

lud eterna de mi alma». Es una evidencia que la persona que acompaña los ejercicios ha de procurar que, cosa que ocurre con facilidad, no se olvide en la práctica.

2. OBJETO DE LA ELECCIÓN

Para entrar en la elección de *perfección* [cf. EE 135,6], hay que fijar bien la mirada de modo que, según el PF, el ejercitante esté abierto a cualquier objeto de elección «que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío y no está prohibido» [EE 23,5]. Para esto el libro de los Ejercicios propone unas orientaciones oportunas.

[170] PARA TOMAR NOTICIA DE QUE COSAS SE DEBE HACER ELECCIÓN, Y CONTIENE EN SI CUATRO PUNTOS Y UNA NOTA.

1º punto. El primer punto: es necesario que todas cosas, de las cuales queremos hacer elección, sean indiferentes o buenas en sí, y que militen dentro de la santa madre Iglesia hierática, y no malas ni repugnantes a ella.

[171] 2º punto. Segundo: hay unas cosas que caen debajo de elección inmutable, así como son sacerdocio, matrimonio, etc.; hay otras que caen debajo de elección mutable, así como son tomar beneficios o dejarlos, tomar bienes temporales o lanzallos.

[172] 3º punto. Tercero: en la elección inmutable, que ya una vez se ha hecho

elección, no hay más que elegir, porque no se puede desatar, así como es matrimonio, sacerdocio, etc. Sólo es de mirar que si no ha hecho elección debida y ordenadamente, sin afecciones desordenadas, arrepiñiéndose procure hacer buena vida en su elección; la cual elección no parece que sea vocación divina, por ser elección desordenada y oblica, como muchos en esto yerran haciendo de oblica o de mala elección vocación divina; porque toda vocación divina es siempre pura y limpia, sin mixtión de carne ni de otra afección alguna desordenada.

[173] 4º punto. Cuarto: si alguno ha hecho elección debida y ordenadamente de cosas que están debajo de elección mutable, y no llegando a carne ni a mundo, no hay para qué de nuevo haga elección, mas en aquélla perfeccionarse cuanto pudiere.

[174] Nota. Es de advertir que si la tal elección mutable no se ha hecho sincera y bien ordenada, entonces aprovecha hacer la elección debidamente, quien tuviere deseo que de él salgan frutos notables y muy apacibles a Dios nuestro Señor.

La experiencia de los Ejercicios, experiencia espiritual esencialmente personal, no ha de ser una experiencia subjetivista o arbitraria, sino que se funda en la «verdad» del evangelio [cf. EE 2,2] leído en el ámbito de la Iglesia, es decir, «la santa madre Iglesia jerárquica», que no se refiere sólo a la jerarquía de la Iglesia, sino a toda la Iglesia *jerárquicamente constituida*²⁴. Ahora bien, se supone que el ejercitante ha adquirido ya un cierto «sentido verdadero» de lo que cae o no cae dentro de la «Iglesia militante». Por tanto, aunque las reglas que «para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener» [EE 352-370] figuran al final del libro de los Ejercicios, la sustancia de ellas debe estar ya asimilada por el ejercitante en orden a hacer una correcta elección. Para ayudar a esta asimilación, no es necesario exponer al ejercitante las reglas, sino ayudarle a que el mismo proceso de los Ejercicios le vaya introduciendo en el «sentido verdadero», una especie de instinto espiritual eclesial.

Los Ejercicios ofrecen bastantes recursos, empezando por la propuesta que el acompañante ha de hacer del «fundamento verdadero de la historia» [EE 2,2] para las meditaciones y contemplaciones, la indicación de cómo Dios va conduciendo a los creyentes mediante la conjunción de la letra y el espíritu, la interioridad y la institución, el individuo y la comunidad, las orientaciones para el discernimiento que reflejan la sabiduría de Dios plasmada en la historia de la vida de cristianos y cristianas, la práctica de los sacramentos de la eucaristía y de la reconciliación, la participación en la liturgia de las horas de la Iglesia... Junto a esto, el comentario de algún punto de las

Reglas sobre el sentido eclesial puede ser necesario o al menos útil. Pero lo importante es que el ejercitante vaya captando que vivir la fe en Iglesia no ha de ser una carga, sino un don y un gozo profundo, de modo que la «santa madre Iglesia» (palabras que quizá no se deberán decir al ejercitante) pueda resultar una vivencia personal cálida y amable.²⁵

Evidentemente, cuando hoy hablamos de elección inmutable [EE 171], refiriéndonos al matrimonio o al sacerdocio, no hemos de perder de vista la naturaleza inmutable de los mismos, por más que se den circunstancias que los hagan mutables, según las circunstancias personales y las nuevas aportaciones del derecho Canónico.

Sobre la distinción entre vocación simplemente y vocación divina, Ignacio tuvo necesidad de precisar, corrigiendo el Autógrafo: «no podemos decir que fuese vocación», supliendo por «no parece que sea vocación divina» [EE 172,3]. En este caso «arrepintiéndose procure hacer buena vida en su elección» [EE 172,2]. Pero Dios, «por su parte no retira el don que ha hecho al ejercitante de comprometerse eligiendo. Una elección oblicua, que no es recta, hecha libremente por una persona en nombre de Dios, sigue siendo una elección»²⁶. Si la elección ha sido correcta y es inmutable, «no hay más que elegir» y para este caso valen las orientaciones para «enmendar y ordenar» la vida [EE 189]. Otra situación es la de la persona que no ha hecho una elección «sincera y bien ordenada» de materia mutable. Esta persona deberá hacer la elección «debidamente», si «tuviere deseo que dé salgan frutos notables y muy apacibles [agradables] a Dios nuestro Señor» [EE 174].

3.1. Situación de la elección

Partimos de la convicción, repetidamente expresada, de que la elección no es un paréntesis en el curso de la experiencia de los Ejercicios, sino una parte de dicho curso, el tramo de un movimiento que no debe pararse, y que el ejercitante debe observar atentamente para descifrar o captar el sentido de la corriente. Las reglas de discernimiento, sobre todo las de segunda semana, son, pues, una ayuda imprescindible, y por lo tanto se supone que el ejercitante las tiene muy bien asimiladas.

Además, la elección no sólo es un momento más dentro del curso de los Ejercicios, sino que representa el momento cumbre de toda la experiencia espiritual, aunque no haya elección en el sentido más restrictivo de la palabra. En efecto, elegir es vivir y reconocer la identificación plena con Cristo en lo concreto de la vida, de tal modo que esta identificación informe la vida futura personal del ejercitante. A partir de este momento, los Ejercicios son la experiencia espiritual de una persona configurada de un modo muy determinado, según un estado o forma de vida.²⁸

[175] TRES TIEMPOS PARA HACER SANA Y BUENA ELECCION EN CADA UNO DE ELLOS. 1º tiempo. El primer tiempo es cuando Dios nuestro Señor así mueve y atrae la voluntad, que sin dudar ni poder dudar, la tal ánima devota sigue a lo que es mostrado; así como San Pablo y San Mateo lo hicieron en seguir a Cristo nuestro Señor.

[176] 2º tiempo. El segundo: cuando se toma asaz claridad y conocimiento, por experiencia de consolaciones y desolaciones, y por experiencia de discreción de varios espíritus.

[177] 3º tiempo. El tercer tiempo es tranquilo, considerando primero para qué es nacido el hombre, es a saber, para alabar a Dios nuestro Señor y salvar su ánima, y esto deseando elije por medio una vida o estado dentro de los límites de la Iglesia, para que sea ayudado en servicio de su Señor y salvación de su ánima. Dije tiempo tranquilo cuando el ánima no es agitada de varios espíritus y usa de sus potencias naturales libera y tranquilamente.

[178] Si en el primero o segundo tiempo no se hace elección, síguense cerca este tercer tiempo dos modos para hacerla.

EL PRIMER MODO PARA HACER SANA Y BUENA ELECCION CONTIENE EN SI SEIS PUNTOS.

1º punto. El primer punto es proponer delante la cosa sobre que quiero hacer elección, así como un oficio o beneficio para tomar o dejar, o de otra cualquier cosa que cae en elección mutable.

[179] 2º punto. Segundo: es menester tener por objeto el fin para que soy criado, que es para alabar a Dios nuestro Señor y salvar mi ánima; y con esto hallarme indiferente sin afección alguna desordenada, de manera que no esté más inclinado ni afectado a tomar la cosa propuesta, que a dejarla, ni más a dejarla que a tomarla; mas que me halle como en medio de un peso para seguir aquello que sintiere ser más en gloria y alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de mi ánima.

[180] 3º punto. Tercero: pedir a Dios nuestro Señor quiera mover mi voluntad y poner en mi ánima lo que yo debo hacer acerca de la cosa propósita, que más su alabanza y gloria sea, discurriendo bien y fielmente con mi entendimiento y eligiendo conforme su santísima y beneplácita voluntad.

[181] 4º punto. Cuarto: considerar raciocinando cuántos cómodos o provechos se me siguen con el tener el oficio o beneficio propuesto, para sola la alabanza de Dios nuestro Señor y salud de mi ánima; y, por el contrario, considerar asimismo los incómodos y peligros que hay en el tener. Otro tanto haciendo en la segunda parte, es a saber, mirar los cómodos y provechos en el no tener; y asimismo por el contrario, los incómodos y peligros en el mismo no tener.

[182] 5º punto. Quinto: después que así he discurrido y racionado a todas partes sobre la cosa propósita, mirar dónde más la razón se inclina, y así según la mayor moción racional, y no moción alguna sensual, se debe hacer deliberación sobre la cosa propósita.

[183] 6º punto. Sexto: hecha la tal elección o deliberación, debe ir la persona que tal ha hecho, con mucha diligencia, a la oración delante de Dios nuestro Señor y ofrecerle la tal elección para que su divina majestad la quiera recibir y confirmar, siendo su mayor servicio y alabanza.

[184] EL SEGUNDO MODO PARA HACER SANA Y BUENA ELECCION CONTIENE EN SI CUATRO REGLAS Y UNA NOTA. 1ª regla. La primera es que aquel amor que me mueve y me hace elegir la tal cosa, descienda de arriba del amor de Dios, de forma que el que elige sienta primero en sí que aquel amor más o menos que tiene a

la cosa que elige es sólo por su Criador y Señor.

[185] 2ª regla. La 2ª: mirar a un hombre que nunca he visto ni conocido, y deseando yo toda su perfección, considerar lo que yo le diría que hiciese y eligiese para mayor gloria de Dios nuestro Señor y mayor perfección de su ánima, y haciendo yo asimismo, guardar la regla que para el otro pongo.

[186] 3ª regla. La 3ª: considerar como si estuviese en el artículo de la muerte, la forma y medida que entonces querría haber tenido en el modo de la presente elección, y reglándome por aquella, haga en todo la mi determinación.

[187] 4ª regla. La 4ª: mirando y considerando cómo me hallaré el día del juicio, pensar cómo entonces querría haber deliberado acerca la cosa presente; y la regla que entonces querría haber tenido, tomarla agora, porque entonces me halle con entero placer y gozo.

[188] Nota. Tomadas las reglas sobredichas para mi salud y quietud eterna, haré mi elección y oblación a Dios nuestro Señor, conforme al sexto punto del primer modo de hacer elección.

3.2. Los tres tiempos de elección

Las personas que hacen los ejercicios se hallarán en situaciones espirituales distintas: iluminación, agitación o tranquilidad lúcida. A eso se refieren los tres tiempos, que no son estrictamente métodos para elegir, sino situaciones distintas que requieren aproximaciones de discernimiento distintas.²⁹ En cualquier caso la elección requiere una cierta duración, como puede comprobarse con el hecho de que Ignacio le asigna indicativamente ocho días enteros de contemplaciones.

*Primer tiempo*³⁰

Este momento del curso espiritual del ejercitante se define por una claridad que no le permite dudar: no sólo no duda, sino que no puede dudar, porque la certeza que experimenta se impone de modo evidente. Parece a primera vista que esta experiencia espiritual no pide más comentario. Pero no se necesita ser muy avisado para reconocer muchos casos de personas que no dudan ni pueden dudar y, sin embargo, padecen claros espejismos iluministas, con resistencia a cualquier contraste desde fuera, aún por personas espirituales de buen criterio. El «no poder dudar» ignaciano, para no simplificar el criterio de una persona tan experta en la sospecha de los engaños de la vida espiritual, no se refiere sólo al no poder dudar subjetivo, sino también objetivo. En concreto, una persona que en Ejercicios, no duda ni puede dudar sobre lo que Dios le está pidiendo, debe dar garantías de que ha hecho los ejercicios de forma conveniente, de que se halla en una situación de madurez humana y psicológica suficiente, de que ha ido afinando su capacidad de discernimiento según la línea de las reglas de segunda semana... Se puede objetar con razón que Dios, como se ve en el caso de Mateo y Saulo, no necesita disposiciones de la persona para manifestar su voluntad o para llamar de forma inequívoca. Sin embargo, la dificultad está en tener las garantías para reconocer que es Dios y no el «ángel malo disfrazado de ángel de luz» quien provoca esta certeza. Para esto, las reglas de la segunda semana son imprescindibles, ya que se trata de una «mayor discreción»: verdadera alegría, gota de agua en la piedra o en la esponja, el proceso de los pensamientos que se generan a partir del primero que es bueno...

La gracia de Dios del primer tiempo no es reservada a casos muy extraordinarios, sino que la han experimentado muchas personas que han tomado una decisión firme y casi instantánea para toda su vida (ministerio presbiteral, vida religiosa o matrimonial) y que, los hechos posteriores han confirmado plenamente.³¹ Y, en este tiempo, aparece más claro que en ningún otro momento que la certeza de la elección no se basa en un objeto que la voluntad se apropia, sino en Dios que «le pondrá en voluntad» [EE 155,2] o «quiera mover mi voluntad y poner en mi ánima lo que yo debo hacer» [EE 180,1].³²

Es bien conocida la reserva del Directorio Oficial respecto de este primer tiempo,³³ sin embargo, las indicaciones de san Ignacio no inducen a moverse con una reserva tal que casi se mira el primer tiempo de elección como la constatación de algo que puede ocurrir, pero que no hay que tenerlo casi en cuenta en la práctica. En efecto, en los directorios originalmente ignacianos se dice: «Declarando la primer parte de la elección, donde no se puede hacer fundamento para buscarla, debe venir a la segunda». Dice bien claramente que hay que declarar este tiempo. Y también: «Entre los tres modos de hacer elección, si en el primero Dios no moviese, débese insistir en el segundo»³⁴. Por tanto, Ignacio deja claro que en los Ejercicios hay que estar atentos a la posibilidad de que se dé este primer tiempo y, en consecuencia, supuesta la debida prudencia, hay que exponerlo al ejercitante.

*Segundo tiempo*³⁵

Este tiempo parece ser el más corriente en la experiencia de los Ejercicios, ya que el primero es una gracia totalmente impre-

visible y el tercero, como se verá, supone un estado en el que no hay agitación de varios espíritus. En la anotación 6ª Ignacio llama la atención de la persona que da los Ejercicios para que observe si la persona que se ejercita experimenta mociones como consolaciones y desolaciones o si es «agitado de varios espíritus», puesto que esta situación, si hace bien los ejercicios, debería ser lo normal. Ahora en la fase de elección, la atención del ejercitante con la ayuda de la persona que le acompaña, debe dirigirse a la interpretación de estas mociones, consolaciones y desolaciones, y a la discreción de varios espíritus. ¿Qué significa esto en la práctica? Puesto que la elección se realiza en la contemplación, la persona que se ejercita irá constatando hacia qué parte del objeto de elección van decantándose las consolaciones o las desolaciones y en qué dirección o sentido van impulsando las llamadas de Dios. Como la persona que junto al remanso de un río desea descubrir hacia dónde va la corriente, trata de averiguarlo observando algún objeto que flota en la superficie, al cabo de un tiempo de observación descubre que el objeto se ha desplazado hacia un lado determinado. Mediante esta observación puede percibir hacia dónde se mueve la corriente de agua. De modo semejante, las consolaciones, luces o impulsos, etc. acordes con la «vida verdadera que muestra» Jesús revelarán poco a poco el sentido de la acción concreta de Dios en la vida del ejercitante. Y, al revés, las desolaciones, oscuridades, resistencias interiores, etc. mostrarán que el objeto considerado no es del agrado de Dios.

Sólo resta insistir en la importancia capital de que el ejercitante esté muy familiarizado con el uso de las orientaciones

de discernimiento de primera y segunda semana. Además, el tiempo asignado de ocho días de ejercicios, después de unos doce ya realizados, suscita el interrogante sobre la idoneidad de unos Ejercicios breves para realizar una buena elección según la mistagogía ignaciana. Aunque siempre cabe la posibilidad de que los Ejercicios breves sean parte de un proceso ya empezado antes y que van tener continuidad después del retiro.

*Tercer tiempo*³⁶

El tercer tiempo es una situación contrapuesta a la anterior del segundo tiempo: «cuando el ánima no es agitada de varios espíritus». Sin embargo, para evitar que esta elección en «tiempo tranquilo» no degenera en una elección de rebajas, hay que recordar que el ejercitante se halla en un estado espiritual propio del momento de elección y, por esto, ha de recordar de nuevo el fin de la vida según el Principio y Fundamento: «alabar a Dios nuestro Señor y salvar su ánima» y el sentido fundamental de Iglesia y así elegir «una vida o estado dentro de los límites de la Iglesia». Además, debe ser capaz de usar de sus potencias naturales «líbera y tranquilamente». Como se ve en este punto, los Ejercicios repiten de algún modo el preámbulo para hacer elección y las notas siguientes [cf. EE 169-174].

Esto supuesto, también la elección en el tercer tiempo es una auténtica experiencia espiritual, cosa que debe ponerse más de relieve si, como a veces se hace, se realiza fuera del tiempo de los Ejercicios. Y para la aplicación de este tercer tiempo de elección, se proponen dos modos distintos, cuya forma de aplicación el santo no justi-

fica ni explica. Probablemente esta diversidad es debida o a la diferencia de ejercitantes o al momento espiritual en que se hallan o, también, a las características distintas del objeto de elección. Trataremos de dilucidar este punto al acabar la exposición de los dos modos de este tercer tiempo.

Primer modo

El ejercitante procede por la ponderación de «cómodos o provechos», por una parte, y de «incómodos y peligros», por otra. Este modo de elección, conviene insistir en ello, no es una simple ponderación de buen sentido, sino una verdadera experiencia espiritual.

En primer lugar, fiel al realismo que informa siempre toda experiencia espiritual evangélica, el ejercitante ha de ponerse ante la realidad que se le presenta como objeto de elección. Es la honradez con lo real, porque la luz para la decisión correcta no puede esperarse del alejamiento de la realidad, sino de la aproximación a la situación real con lucidez e inspiración evangélica.

En segundo lugar, nuevamente reaparece el PF, que ya se había recordado de modo general en el «Preámbulo para hacer elección» [EE 169]). Aquí, en el tercer tiempo, lo recuerda probablemente san Ignacio porque este tiempo, a diferencia de los dos anteriores, parte de la actividad del ejercitante que se aproxima a la realidad objeto de elección, mientras que en los precedentes es la misma corriente de la experiencia espiritual la que va desvelando el sentido de la acción de Dios. Por tanto, es importante que el ejercitante se afine en la voluntad de buscar la gloria de Dios y el bien de su vida, que esté

indiferente, como el fiel de la balanza («como en medio de un peso»). Es de notar que en el PF, Ignacio habla de «hacernos indiferentes» y aquí ya supone un progreso y dice «hallarme indiferente».

En tercer lugar se pide «a Dios nuestro Señor quiera mover mi voluntad y poner en mi ánima lo que yo debo hacer». Es la petición de una verdadera gracia como objeto de esta elección, que supera el fruto de una concepción racional de este tiempo de elección. Mover la voluntad indica que, por mucho que la libertad es decisiva a la hora de realizar la elección, sin embargo la elección es gracia, es una forma de experiencia de Dios en el propio corazón y en la vida. Y, por lo mismo, esta moción de Dios arraiga en una percepción de la realidad iluminada por la fe, ya que es Dios quien ha de «poner en mi ánima». Nos hallamos, como ocurre a menudo en los Ejercicios, en una experiencia espiritual que, aún siendo de poca apariencia, tiene una hondura o elevación inmensa.

Sólo a partir de estos tres pasos precedentes el ejercitante puede, en un cuarto momento, «considerar, racionando» los «cómodos o provechos» y «los incómodos y peligros». Cuando se dice «racionando» no se piensa en una actividad meramente racional, sino en la razón iluminada y animada por la fe. A la gran sabiduría de Ignacio no se le esconde la importancia de ver el objeto de la elección desde las cuatro caras de pros y contras tanto del sí como del no a la hora analizarlo. Tenemos el testimonio de este modo de ponderar muy bien asimilado por el primer grupo de compañeros que tomaron la decisión de fundar la Compañía de Jesús en 1539. A la hora de decidir si harían voto de obediencia a alguno de ellos

(es decir, si fundarían una orden religiosa) examinaron por los cuatro lados esta posible opción. Así también se condujo Ignacio cuando discernía si las iglesias de la Compañía debían tener rentas o no.³⁷

Para esta ponderación de razones en un sentido u otro, la persona que hace elección puede considerar estos aspectos de la vida:

a) La propia historia de salvación (las fuerzas en las dificultades, los deseos persistentes, éxitos y fracasos significativos, las obras grandes que Dios ha realizado en él, los pecados, etc.), porque en ello puede hallar indicios de futuro, ya que Dios no se niega a sí mismo.

b) Aspectos fundamentales de la propia vida cristiana: solidaridad, oración, pobreza, compromiso social, vida sacramental, vida comunitaria y de Iglesia, etc. siempre en relación a sus cualidades personales. En la vida cristiana personal no ha de faltar ningún elemento esencial, pero cada persona ha de hallar su propio equilibrio, su armonía. El camino de vida cristiana que uno elige ha de favorecer el desarrollo de estas dimensiones fundamentales del cristianismo.

c) La consideración del mundo o entorno de la vida: profesión, obligaciones familiares, compromisos contraídos libremente, competencias y cualidades personales, etc. Porque la opción o elección no puede estar en contradicción con realidades que revelan designios de Dios en la propia vida. Hay que mantener la coherencia.

Estas consideraciones son algunas «entradas» en la propia vida para hacer una lectura de fe de ella, «discurriendo por donde se ofreciere»³⁸.

En el quinto punto se propone hacer un balance de lo «discurrido y racionado a todas partes», es decir, lo realizado según el punto anterior. Hay que ver hacia dónde se inclina la razón, la «moción racional» y no «moción alguna sensual». Se trata, pues, de una «moción» no del simple peso objetivo y frío de las razones, pero esta «moción» no ha de ser en modo alguno «sensual», orientada hacia un fin distinto de la «gloria y alabanza de Dios y salvación de mi ánima».

Finalmente, «hecha la tal elección», el ejercitante ha de acudir a Dios para que la confirme, si lo elegido es para «su mayor servicio y alabanza». En los Ejercicios, la tercera y cuarta semanas serán el tiempo oportuno para esta verificación espiritual, que no necesariamente serán consolaciones, sino también pensamientos y razones que fortalecen la seguridad interior del ejercitante en la decisión tomada. Fuera de Ejercicios, tampoco se puede omitir esta confirmación que se realizará de modos muy distintos: un tiempo posterior a la elección en el que la vida, la oración, el parecer de otras personas ayudan a comprobar que lo elegido está en sintonía con la gloria de Dios. En otras ocasiones puede ser la necesaria intervención de una persona con autoridad para confirmar que la decisión se ajusta al evangelio. En la vida religiosa o en la presbiteral los años de formación han de ser este tiempo de confirmación, además de formación.

A lo largo de este proceso en seis pasos, he tratado de destacar el carácter de verdadera experiencia espiritual del tercer tiempo ya que a menudo se reduce a una reflexión racional de sentido común, pero sin la implicación de toda la persona que es condición de toda experiencia espiri-

tual sería. Sería contrario al proceso largo y profundo realizado a lo largo de semanas de Ejercicios reducir el tercer tiempo a una especie de estudio al estilo de una programación empresarial de beneficios y pérdidas. Sin embargo, aunque este tercer tiempo puede deslizarse hacia un segundo tiempo, esto no sucede siempre ni es preciso que el tercero se avale por el recuso al segundo. El mismo Ignacio, no sólo enseñó que bastaba el tercer tiempo en sí mismo, sino que él lo practicó en momentos de deliberación.³⁹ Insisto, con todo, en que el tercer tiempo ya es una experiencia espiritual, dado que es una elección realizada por una persona transformada por los Ejercicios y que usa de la razón evangelizada por esta misma transformación espiritual.

Segundo modo

Hasta aquí se ha propuesto un modo de elección para el tercer tiempo, «tiempo tranquilo», pero todavía se propone otro que contiene cuatro «reglas» o puntos y una nota final, que es la confirmación. Es una manera más intuitiva y sintética de elección, tal vez, para personas que tienen un talante distinto, menos racional que las que han procedido por el modo anterior o tal vez para casos de elección en que un proceso racional no se adapta tanto a su naturaleza; o incluso para situaciones en que la elección ha de hacerse en un plazo más rápido de tiempo. Se supone, por tanto, como en el modo anterior que la persona no ha podido hacer elección por ninguno de los dos primeros tiempos.

El punto de partida es también, como en los otros tiempos y en el primer modo de este tercer tiempo, el deseo de la gloria de Dios y el bien del ejercitante. Sin em-

bargo, la forma de expresarse en este primer punto o primera regla, es de una hondura y finura especial: «Que el amor que me mueve y me hace elegir la tal cosa descienda de arriba». Estas palabras vienen a ser un toque para tomar conciencia del carácter verdaderamente espiritual también de este modo sencillo de hacer elección.

Luego siguen tres miradas o consideraciones, una especie de confrontación objetivadora para ver por dónde me lleva la acción del Espíritu: «mirar a un hombre que nunca he visto o conocido» y preguntarme qué le diría que debe hacer y elegir para la gloria de Dios y perfección propia; considerar, como si estuviera en la hora de la muerte, qué querría haber hecho en la presente elección; considerarme en el juicio y preguntarme cómo querría haber obrado en la presente elección. Quizá estas tres consideraciones, una especie de test espiritual, podrían sintetizarse en buscar el contraste objetivo del otro, de la globalidad de la vida y del cara a cara con Dios. Hechas estas tres miradas y, si es el caso, habiéndose inclinado el ejercitante en un sentido determinado, ha de ir a buscar la confirmación tal como se ha dicho en el modo anterior.⁴⁰

3.3. Reflexiones finales

Al terminar este capítulo amplio, aunque muy sintético, sobre las elecciones, conviene poner de relieve que el período de elección en los Ejercicios es el punto más elevado y decisivo de la experiencia. Incluso según algunos será «el umbral de la vida unitiva», porque «por medio de la elección se ha dado una unión de voluntades entre el ejercitante y Dios»⁴¹. En cualquier caso, puede decirse que los

Ejercicios son un ascenso hasta la cima de la elección, luego sigue un tiempo de confirmación de la elección y de consolidación de la experiencia espiritual.

Además, el largo texto sobre las elecciones [EE 169-188], aún siendo más breve de lo que uno desearía, por la cantidad de indicaciones (reglas, puntos, notas, etc.), podría convertirse en una experiencia árida y detallista. El extenso conjunto de orientaciones a primera vista produce la impresión de una selva o laberinto que aparentemente poco tiene que ver con una experiencia espiritual honda y atractiva. Por esto, en este punto central de los Ejercicios, resulta especialmente apropiado el aviso del directorio ignaciano de que el que da los ejercicios no ha de llevar el libro de los Ejercicios Espirituales cuando visita el ejercitante, sino que ha de llevar bien pensado qué es lo que va a decir al ejercitante. Se supone, pues, que el ejercitante no ha de usar el libro. Además, no hay que olvidar que sólo pueden dar ejercicios quienes los tienen «en sí probados», es decir, que el que da los ejercicios ha vivido lo que en el libro se expresa al modo de un código o partitura que ha de interpre-

tar a la hora de dar los ejercicios. Recordemos nuevamente, con Roland Barthes, que la tarea del ejercitador es semántica, la de intérprete del libro al ejercitante.

Ante las inevitablemente áridas orientaciones del libro, sucede como quien está ante una partitura, que puede ver sólo o signos abigarrados o buena música. La elección debería ser de algún modo un tiempo de escucha de la música interior, para lo cual la persona que da los ejercicios ha de hacer una tarea de iluminación y apoyo imprescindibles. Es verdad, según algunos Directorios, que la elección es un parto quizá doloroso, porque tiene sus momentos difíciles y dolorosos, pero se trata de un alumbramiento de vida. Es más, la elección es punto culminante no sólo porque el ejercitante realiza la acción más decisiva de la experiencia de los Ejercicios, sino, porque en ella, se vive de manera concentrada la sustancia de la vida cristiana: una vida orientada hacia Dios, Padre, en la identificación con Cristo, con el impulso del Espíritu que mueve. La gracia bautismal halla en la elección la plenitud de la inmersión en el misterio de la Trinidad que nos acoge y funda nuestra vida.⁴²

4. PARA ENMENDAR Y REFORMAR LA PROPIA VIDA Y ESTADO

4.1. Situación del ejercicio

La preocupación pastoral es lo que rige la práctica de los Ejercicios que «se han de aplicar» [cf. EE 18,1]. Por esto, al terminar las elecciones se proponen unas orientaciones para personas que no se hallan

en situación de hacer elección, porque ya están casadas o tienen un estado clerical inmutable. O también para personas que aunque tienen algo sobre lo que se debería hacer elección, no tienen «muy pronta voluntad».

[189] PARA ENMENDAR Y REFORMAR LA PROPIA VIDA Y ESTADO. Es de advertir que acerca de los que están constituidos en prelatura o en matrimonio (quier abunden mucho de los bienes temporales, quier no), donde no tienen lugar o muy prompta voluntad para hacer elección de las cosas que caen debajo de elección mutable, aprovecha mucho, en lugar de hacer elección, dar forma y modo de enmendar y reformar la propia vida y estado de cada uno de ellos, es a saber, poniendo su creación, vida y estado para gloria y alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de su propia ánima. Para venir y llegar a este fin, debe mucho considerar y ruminar por los ejercicios y modos de elegir, según que está declarado, cuanta casa y familia debe tener, cómo la debe regir y gobernar, cómo la debe enseñar con palabra y con ejemplo; asimismo de sus facultades cuanta debe tomar para su familia y casa, y cuanta para dispensar en pobres y en otras cosas pías, no queriendo ni buscando otra cosa alguna sino en todo y por todo mayor alabanza y gloria de Dios nuestro Señor. Porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto saliere de su proprio amor, querer y interese.

Sorprende un poco que en este momento de los Ejercicios un ejercitante no tenga «muy pronta voluntad», siendo así que en la anotación 18ª Ignacio dice que en personas que aspiran a llegar «hasta cierto grado de contentar su ánima», o «de quien no se espera mucho fruto», no hay que «proceder adelante en materias de elección, ni en otros algunos ejercicios

que están fuera de la primera semana». Sin embargo, por más que se hayan tomado todas las precauciones de no permitir entrar en ejercicios más que a personas ya muy desprendidas, en este momento de los Ejercicios puede ser que el ejercitante se halle en algún aspecto de su vida en situación de poca disponibilidad para cambiar algo que podría ser objeto de elección. Sin embargo, como piensa I. Casanovas «mirando además al bueno o mal ejemplo que podrá dar a otros muchos, san Ignacio transige con ellas [las personas que no tienen “muy prompta voluntad”]»⁴³. En este caso, como en el de la persona que no tiene nada que elegir, «aprovecha mucho... enmendar y reformar la vida».

Para ejercitantes que se hallan en esta situación, se propone una ayuda «para enmendar y reformar la propia vida y estado». «Enmendar y reformar» responden a dos actividades distintas. Enmendar es corregir aspectos de la propia «vida» personal o del «estado» en que el ejercitante se halla, o bien de «prelatura» (algún cargo eclesiástico) o de «matrimonio». Sin embargo, además de enmendar, si es el caso, siempre es conveniente «reformar» o dar una nueva forma a la propia manera de vivir o enfocar de otro modo el estado personal.

4.2. Práctica de este ejercicio

Lo importante es que el ejercitante, tampoco a la hora de «enmendar y reformar», descienda peldaños en el curso de la experiencia espiritual de los Ejercicios, ya que deberá proceder «por los ejercicios y modos de elegir». Porque la enmienda y reforma no es un apéndice de

los Ejercicios, sino la prolongación de los mismos a una situación particular de vida cristiana, «consecuencia lógica del método», «marca de su fecundidad esencial»⁴⁴.

En concreto, partiendo de la disposición del PF («poniendo su creación, vida y estado para gloria y alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de su propia ánima») y luego centrándose en «considerar y rumiar por los modos de elegir» los distintos aspectos particulares de su vida y estado, deberá revisar: a) el tren de vida («la casa», es decir, la casa y los bienes que encierra, con las personas empleadas a su servicio); b) la manera de comportarse en su vida doméstica («cómo la debe regir y gobernar, cómo la debe enseñar con palabra y con ejemplo»); c) la administración de los bienes materiales, atendiendo a familia y casa, a pobres y obras pías. El ejercitante que ha pasado ya muchas horas contemplando a Jesús en la vida humana con sus múltiples situaciones y formas de actuar, habrá podido ya asimilar la inspiración, en la humanidad de Jesús, para corregir y configurar mejor su propia vida con estilo evangélico. La contemplación de los Ejercicios es como la trama interior de la humanización *a lo cristiano* que va haciendo el ejercitante. Porque los Ejercicios en «sus principios generales deben determinar las más pequeñas opciones de quienes los han asimilado»⁴⁵.

Como complemento a las orientaciones propuestas aquí por Ignacio, se pueden utilizar las reglas para el «ministerio de distribuir limosnas», que, por este motivo, las comentamos a continuación. Esta experiencia de enmendar y reformar la vida es especialmente apropiada para los Ejercicios de repetición en los que

ordinariamente no hay ninguna necesidad de hacer una elección propiamente tal.

4.3. Recapitulación final

Al terminar esta orientación sobre la enmienda y reforma de la vida, Ignacio levanta el vuelo a una mirada de conjunto sobre la vida espiritual: «piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer y intereses». Aquí tenemos de forma lapidaria otra instrucción ignaciana sobre el amor, sobre cómo vivir en el amor, que, de manera muy implícita ya se enunció en el PF⁴⁶ y que será el punto conclusivo de los Ejercicios en la «Contemplación para al alcanzar amor».

A lo largo de la extensa instrucción que empieza con el «Preámbulo para hacer elección» y termina con el párrafo «Para enmendar y reformar la propia vida y estado» [EE 169-189] el santo ha insistido en la necesidad de mantener la orientación de fondo de la vida hacia la gloria de Dios y el bien espiritual propio del ejercitante [EE 169;177,1;179,1.3;180,1;184,3;189,5.9]. Es más, esta orientación es la gracia que a lo largo de los Ejercicios se ha ido operando en el corazón del ejercitante, de modo que lo que ha de hacer en el punto decisivo de la elección o reforma es dejarse llevar por Dios mismo que actúa en la persona que se ejercita. Esto aparece muy claro en los dos primeros tiempos de elección en los que prima la experiencia viva de Dios que «mueve y atrae la voluntad» [EE 175,2] o que es percibida «por experiencia de consolaciones y desolaciones y por experiencia de discreción de espíritus» [EE 176]. Pero, incluso en el tercer tiempo, el ejercitante

pide a Dios que «quiera mover mi voluntad y poner en mi ánimo lo que yo debo hacer» [EE 180,1] para decidirse «según la mayor moción racional» [EE 182,2] y, como primera regla para la elección en el segundo modo del tercer tiempo, pone «que aquel amor que me mueve y me hace elegir la tal cosa descienda de arriba, del amor de Dios» [EE 184,2]. Es decir, la persona verdaderamente espiritual es la persona toda ella orientada hacia Dios y movida por su Espíritu que es Amor.

Esto es lo que formula la sentencia arriba citada con la cual termina el pequeño tratado sobre la elección y reforma que es una instrucción para proceder evangélicamente en las cuestiones decisivas de nuestra vida. No se trata, desde luego, de sofocar el amor, ni de anular la voluntad, ni de moverse sin norte en la vida, sino de que la persona que quiere llevar una vida

en fidelidad al Señor, ha de salir del amor que nace de ella, para dejarse llevar por el amor de Dios derramado en nuestros corazones (cf. Rom 5,5), ha de ir acoplando su propia voluntad a la de Dios y centrar sus intereses en los del Reino, es decir «buscar el Reino de Dios y lo que él quiere» (Mt 6,33).

Así, al terminar estas orientaciones centrales de los Ejercicios, y una vez experimentado el principio fundamental que encabeza toda la experiencia, mediante la opción por el seguimiento de Cristo en lo concreto de la propia vida, se enuncia de forma sintética y muy precisa el sentido de la vida cristiana plena: vivir en el Amor en la búsqueda del Reino siempre guiados por la voluntad de Dios. El «tanto se aprovechará» es la expresión en el camino de la vida de la plenitud a la que nos dirigimos, «salvar su ánima» [EE 23,2].

5. DISTRIBUIR LIMOSNAS

5.1. Situación de las Reglas para distribuir limosnas

Aquí Ignacio tiene ante la vista las personas con el «ministerio» [EE 337;341,1; 343,1] «oficio» [EE 340,1;341,2,] «cargo» [EE 341,1] de distribuir limosnas. Aunque el término «ministerio» no aparece en las versiones Prima y Vulgata de los Ejercicios, el texto ignaciano parece que se refiere a un ministerio que ha perdurado hasta años recientes en la Iglesia. Estas reglas ofrecen un buen modelo sobre el modo de

administrar evangélicamente los bienes. Se parte del supuesto de que la persona que desempeña este cargo o ministerio de distribuir limosnas, dispone de unos bienes que no son propiedad suya, pero que ha de administrar evangélicamente, atendiendo a las personas necesitadas y, también, reteniendo lo necesario para su propia vida y sustento. Los criterios que aquí se exponen pueden ayudar muy bien a la persona que en Ejercicios, o fuera de ellos, realiza la enmienda y reforma de vida y estado.

[337] EN EL MINISTERIO DE DISTRIBUIR LIMOSNAS SE DEBEN GUARDAR LAS REGLAS SIGUIENTES.

[338] 1ª regla. La primera: si yo hago la distribución a parientes o amigos o a personas a quien estoy aficionado, tendré cuatro cosas que mirar, de las cuales se ha hablado en parte en la materia de elección. La primera es que aquel amor que me mueve y me hace dar la limosna, descienda de arriba, del amor de Dios nuestro Señor; de forma que sienta primero en mí que el amor más o menos que tengo a las tales personas, es por Dios, y que en la causa porque más las amo reluzca Dios.

[339] 2ª regla. La segunda: quiero mirar a un hombre que nunca he visto ni conocido; y deseando yo toda su perfección en el ministerio y estado que tiene como yo quería que él tuviese medio en su manera de distribuir, para mayor gloria de Dios nuestro Señor y mayor perfección de su ánima; yo haciendo así, ni más ni menos, guardaré la regla y medida que para el otro querría y juzgo ser tal.

[340] 3ª regla. La tercera: quiero considerar como si estuviese en el artículo de la muerte, la forma y medida que entonces querría haber tenido en el oficio de mi administración; y reglándome por aquella, guardarla en los actos de la mi distribución.

[341] 4ª regla. La cuarta: mirando cómo me hallaré el día del juicio, pensar bien cómo entonces querría haber usado de este oficio y cargo del ministerio; y la regla que entonces querría haber tenido, tenerla agora.

[342] 5ª regla. La quinta: cuando alguna persona se siente inclinada y aficionada a algunas personas, a las cuales quiere distribuir, se detenga y rumine bien las cuatro reglas sobredichas, examinando y probando su afección con

ellas; y no dé la limosna, hasta que conforme a ellas su desordenada afección tenga en todo quitada y lanzada.

[343] 6ª regla. La sexta: dado que no hay culpa en tomar los bienes de Dios nuestro Señor para distribuirlos, cuando la persona es llamada de nuestro Dios y Señor para tal ministerio; pero en el cuanto y cantidad de lo que ha de tomar y aplicar para sí mismo de lo que tiene para dar a otros, hay duda de culpa y exceso; por tanto, se puede reformar en su vida y estado por las reglas sobredichas.

[344] 7ª regla. La séptima: por las razones ya dichas y por otras muchas, siempre es mejor y más seguro, en lo que a su persona y estado de casa toca, cuanto más se cercenare y disminuir, y cuanto más se acercare a nuestro summo pontífice, dechado y regla nuestra, que es Cristo nuestro Señor. Conforme a lo cual el tercer concilio Cartaginense (en el cual estuvo san Agustín) determina y manda que la supelécite del obispo sea vil y pobre. Lo mismo se debe considerar en todo modos de vivir, mirando y proporcionando la condición y estado de las personas; como en matrimonio tenemos ejemplo del Santo Joaquín y de Santa Anna, los cuales partiendo su hacienda en tres partes, la primera daban a pobres, la segunda al ministerio y servicio del templo, la tercera tomaban para la sustentación de ellos mismos y de su familia.

5.2. Aplicación práctica

Las cuatro primeras reglas se refieren a la situación de la persona que ha de distribuir bienes a «parientes o amigos o a personas a quien estoy aficionado». Es una sabia orientación, puesto que como Jesús

dijo que diésemos los bienes a los pobres, y éstos no siempre serán nuestros parientes o amigos, hay que estar muy atentos ante esta situación muy corriente de repartir bienes a parientes y amigos. En una instrucción del mismo Ignacio para los que van a entrar en la Compañía, a la hora de repartir los posibles bienes que posean, insiste en este mismo criterio.⁴⁷ Para acertar en esta decisión en la cual se pueden mezclar pensamientos y afectos no bien ordenados, repite aquí «cuatro cosas», «de las cuales se ha hablado en parte en la materia de elección» [EE 184-186]. No podía ser de otro modo, el ejercitante se ha de mover por el amor que «descienda de arriba, del amor de Dios nuestro Señor», Dios ha de estar en el amor a las personas a las que quiero ayudar y en el acto de decidirlo. De una forma muy clara y contundente, Ignacio sitúa los actos de solidaridad, que pueden tener como destinatarios personas amigas o familiares, en el ámbito plenamente teológico y no en el de la simple buena voluntad o del mero sentido común. Como puede verse, se trata de una orientación muy práctica en el campo de las actividades caritativas, tanto personales, como de instituciones, como de la Iglesia o de ONG.

Sin embargo, en el caso que plantea Ignacio, la persona que ejerce este ministerio puede disponer de algunos bienes que administra para su propia utilidad, pero ha de aplicar las mismas reglas ya citadas, para decidir sobre «cuánto y cantidad de lo que ha de tomar y aplicar para sí mismo de lo que tiene para dar a otros». También en esta ocasión la persona que quiere administrar los bienes evangélicamente ha de proceder desde una experiencia espiritual profunda de amor.

Finalmente, Ignacio pasa a una regla más universal y de fondo, en la que se consideran dos partes: el tren de vida personal del ejercitante y la orientación de sus bienes. Respecto del tipo de vida personal se refiere a Cristo nuestro Señor como principio fundamental. En concreto, supuesta la imagen de Jesús que el ejercitante ha ido asimilando a lo largo de los Ejercicios, con la sensibilidad propia de las Dos Banderas y las Tres Maneras de Humildad, «es mejor y más seguro [...], cuanto más se cercenare y disminuirere». Y lo confirma con la referencia al cuarto Concilio de Cartago (por error se cita el tercero) en que se dice que la «supeléctile», es decir el ajuar, «del obispo sea vil y pobre». Pero lo que dice, a modo de ejemplo sobre el estilo de vida de los obispos, vale en su orientación fundamental para todas las personas en cualquier estado de vida, también para los matrimonios. Y aquí, los Ejercicios, como en momentos parecidos, presenta una síntesis que es a la vez un impulso hacia adelante.⁴⁸ La sustancia de esta orientación final es la propuesta de unas prioridades a la hora de repartir bienes: en primer lugar los pobres, luego la comunidad, finalmente las mismas personas que disponen de los bienes. Por esto, acertadamente, se ha visto en estas líneas ignacianas una sencilla proposición de cómo realizar la opción preferencial por los pobres.⁴⁹

En resumen, estas reglas, fácilmente extensibles a la administración no sólo de dinero, sino de muchos otros bienes (medios de trabajo, tiempo, competencias, ejercicio de la profesión, etc.) son una simple presentación de la vida cristiana como una vida evangélicamente pobre al servicio de los pobres. A su vez,

estas orientaciones pueden aplicarse no sólo a individuos, sino a instituciones y a la misma Iglesia en su conjunto.⁵⁰ En definitiva, los bienes no son una propiedad absoluta y autónoma, de modo que una persona pueda disponer de ellos según criterios personales, al margen del mandamiento fundamental del amor, amar «como Cristo», y sin tener en cuenta la solidaridad, que viene exigida por la condición humana, y de la prioridad que tienen los pobres, según el mensaje de

Jesús, avalado por su vida. Podemos decir que la inspiración de una vida cristiana, siempre para los demás, se configura mediante el dejarse mover por el amor de Dios, que toma cuerpo en una vida inspirada en Jesús pobre y que pone en su centro a los pobres reales. Los Ejercicios, en forma de mistagogía, no hacen más que proponer en unas simples reglas la sustancia del vivir cristiano que a lo largo ya de unas tres semanas se ha ido asimilando por parte del ejercitante.

1. Es interesante este estudio que aborda el problema de las dos tendencias citadas y que propone una síntesis: Charles-André BERNARD, *Signification des Exercices de Saint Ignace*, Revue d'Ascétisme et Mystique, 45 (1969), p. 241-261. Según Bernard, «no se pueden separar estos dos aspectos de la vida espiritual, porque toda vida espiritual tiende a realizar concretamente la voluntad de Dios [fin objetivo] y a operar una transformación de la persona [fin intrínseco de la experiencia de los Ejercicios]» (p. 261).
2. Cf. Adrien DEMOUSTIER, *Les Exercices de S. Ignace de Loyola. Lecture et pratique d'un texte*, Editions facultés jésuites de Paris, 2006, p. 245-247.
3. Javier MELLONI, *La mistagogía de los Ejercicios*, col. Manresa, ed. Sal Terrae, Valladolid, 2001, p. 181.
4. DEMOUSTIER, destaca que *como* aparece seis veces, *como si* una y *de manera* dos (*Les Exercices...* p. 250, nota 11).
5. Cf. MELLONI, *La mistagogía...*, p. 184. Ver también la obra ya clásica de François VARILLON, *L'humilité de Dieu*, Bayard, Paris, nouvelle édition, 2000.
6. Por tanto no se trata de eliminar un afecto, sino de desarraigar su carácter condicionante. Esto es tanto más importante cuando el afecto no es a cosas cuanto a personas. Sobre este punto, véase las reflexiones profundas de Demoustier (*Les Exercices*, p. 277-281).
7. Esto no quiere decir que no se dedique tiempo, al estilo de la adición 5ª [EE 77], un tiempo propio a la reflexión sobre lo vivido en la oración como materia para la elección. Según el *Directorio del P. Miró*, las consideraciones de la elección no deben ocupar todo el tiempo de las contemplaciones, «sino que terminado cada uno de los Ejercicios o en cualquier parte del mismo, cuando el ánimo está ya tranquilo, entonces es el tiempo propicio para tratar y raciocinar sobre ellas; y por esto debe procurarse diligentemente que las meditaciones se hagan a su debido tiempo, las cuales consuelan el alma y disponen a hacer buena elección» (n. 80, en *Los Directorios...*, p. 204. Cf. abundantes referencias sobre este punto en *Directoria*, p. 307, nota 137).
8. Dietrich BONHOEFFER, *Resistencia y sumisión*, Ariel, Barcelona, 1969, p. 229.
9. Franciscus DE HUMMELAUER, *Meditationum et contemplationum S. Ignatii de Loyola puncta. Libri exercitiorum textum diligenter secutus explicavit*, Herder, Freiburg, 1925, p. 54.
10. Puede verse el análisis detallado de la selección de misterios propuesta por los Ejercicios en Claude FLIPO, «Les mystères du Christ dans les Exercices», *Christus*, n. 124, Hors série, p. 85-98.
11. C. DOMÍNGUEZ, *Las Tres Maneras de Humildad: Una relectura desde la teología y el psicoanálisis*, Manresa, 68 (1996), p. 287-33. La cita en la p. 2.
12. Cf. «Tres maneras y grados de amor de Dios y deseo de obedecer e imitar y servir a su divina majestad» (*Exercitia Spiritualia*, p. 627-645, la cita en p. 635).
13. Ignacio «no emplea la palabra 'amor' sino con gran reserva y, en general, habla más bien de humildad, de generoso servicio de Dios. El hombre debe más bien dejarse amar por Dios, y cuanto él hace, humilde, prudente, modestamente, debe considerarlo como 'servicio', como valentía para este servicio, como humildad» (Karl RAHNER, *Meditaciones sobre los ejercicios de san Ignacio*, Herder, Barcelona, 1986, p. 188).
14. SAN BENITO, *Regla*, capítulo 7. Cf. el comentario de S. ARZUBIALDE sobre los distintos significados de la humildad en la tradición cristiana: *Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Historia y Análisis*, Bilbao-Santander, Mensajero-Sal Terrae, 1991, p. 353-355.
15. *Los Directorios de Ejercicios* (1540-1599), edición de Miguel LOP, Bilbao-Santander, Mensajero-Sal Terrae, 2000, n. 17, p. 21.

16. Karl RAHNER, *Meditaciones sobre los Ejercicios*, p. 191.
17. FN, III, 205.
18. C. DOMÍNGUEZ, *Las Tres maneras de Humildad...*, p. 16. Es muy interesante el apartado conclusivo del artículo, p. 15-17.
19. Véase el estudio de J. CORELLA, «Dos Banderas y maneras de humildad como experiencia unitaria de pobreza de espíritu», en: Juan M. GARCÍA LOMAS (Ed.), *Ejercicios Espirituales y mundo de hoy*, Congreso Internacional de Ejercicios (Loyola 20-26 set. 1991), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 1992, p. 155-164.
20. Jerónimo NADAL, *Dialogi pro Societate*, FN II, p. 252.
21. *Los Directorios*, p. 29.
22. «La elección de estado no debe proponerse más que a quienes la desean o de buena gana quieran hacerla. Pues de lo contrario, siendo por demás externos, fácilmente podrían turbarse, como si por este camino quisiéramos inducirles hacia nuestra religión» (*Directorio del P. Miró*, n. 77, en: *Los Directorios*, p. 203).
23. Directorio autógrafo. Sobre elecciones.... *Los Directorios*, p. 21.
24. Según Yves M. Congar, parece que fue Ignacio de Loyola el primero que atribuyó a la Iglesia este calificativo *L'Église de saint Augustin à l'époque moderne*, Cerf, Paris, p. 369-370.
25. Es evidente que la experiencia eclesial, tan gozosamente vivida desde los años 20 del siglo pasado hasta los años conciliares (Guardini, De Lubac, Cardenal Suhard, Congar, etc.) ha sufrido un eclipse colectivo, sólo algo mitigado por los primeros meses del Papa Francisco. Sin embargo, en fidelidad a la mejor tradición cristiana, la persona que da los Ejercicios debe transmitir de manera viva una vivencia adulta, positiva y sana de eclesialidad, como la han sabido comunicar personas al estilo de De Lubac, Congar, Karl Rahner, Pere Casaldàliga, Víctor Codina entre otros muchos. *Esta Iglesia que yo amo*, de Yves M. Congar, podría ser un lema y síntesis de una experiencia eclesial vivida desde la fe crítica y adulta.
26. Cf. DEMOUSTIER, *Les Exercices...*, p. 318.
27. Para todo este apartado de la elección en los Ejercicios Espirituales, sobre todo en los Directorios, es fundamental la obra reciente de Alfredo SAMPAIO, *Los tiempos de elección en los Directorios de Ejercicios*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 2004. También puede verse el artículo «Elección» del mismo autor en DEI, 726-733. Una breve presentación de la práctica de la elección en Ejercicios: J. M. RAMBLA, *La elección en los Ejercicios*, Perseverancia, Suplemento de abril-mayo, 1974, p. 30-36
28. Véase la honda e inspiradora interpretación de J. MELLONI en *La Mistagogía...*, p. 209-210.
29. Acertadamente, comenta Fessard: «Si no supiéramos que la preocupación principal de Ignacio es descubrir cómo puede insertarse la libertad en la existencia histórica, podría parecer insólita la elección del término 'tiempo'. Puesto que, lo que éste designa aquí en realidad, son tres estados de ánimo, correspondientes a tres grados de la llamada divina» (Gaston FESSARD, *La dialéctica de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 2010, p. 93).
30. Cf. Luis GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, *El primer tiempo de elección*, Madrid, Studium, 1956.
31. La convocatoria del Concilio por Juan XXIII es una muestra patente de este tiempo de elección, una especial experiencia o iluminación espiritual: «Aquel primer momento en que, de improviso, brotó en nuestro corazón y en nuestros labios la simple palabra "Concilio ecuménico"» (Discurso del 11.10.1962, n. 7). La gran confianza de Ignacio en la acción de Dios en nuestras vidas de modo repentino e indudable aparece en la posibilidad que el santo prevé en las Constituciones de la Compañía a la hora de elegir el Preósito General: «Y si todos con común inspiración eligiesen a uno, sin esperar orden de votos, aquél sea el Preósito General, que todas las órdenes y conciertos suple el Espíritu Santo, que los ha movido a tal elección» (Co 700).
32. Cf. a este propósito, DEMOUSTIER, *Les Exercices...*, p. 347.
33. «Como ocurre tan raras veces, no hay que insistir mucho en la consideración de este primer tiempo y solamente de paso hay que exponerlo al que hace los Ejercicios» (*Directorio oficial*, n. 187, en *Los Directorios*, p. 366)

34. *Los Directorios*, p. 20 y 21. Cf. sobre este punto MELLONI, *La Mistagogía...*, p. 230-231, con las notas.
35. Cf. J. AYERRA MORENO, *La elección y sus tiempos*, Miscelánea Comillas, 26 (1956), p. 89-103; *Psicología del segundo tiempo*, Miscelánea Comillas, 33 (1959), p. 274-291.
36. Cf. B. JUANES, *La elección según el segundo y tercer tiempo*, CIS, Roma, 1980.
37. Para la Deliberación, véase *Monumenta Constitutionum Praevia*, p. 1-7 y traducciones en distintas publicaciones. Para la Deliberación sobre la pobreza, véase, *Obras Completas de S. Ignacio de Loyola*, BAC, Madrid, 1963, p. 297-299.
38. Pueden verse algo más ampliamente estas indicaciones, en J.M. RAMBLA, *La elección en los Ejercicios...*, p. 33-34, inspiradas en Maurice GIULIANI, «La decisión espiritual», en: *Ora-ción y acción*, DDB, Bilbao, 1968, p. 43-68.
39. Cf. Carta de Ignacio a Alfonso Ramírez de Vergara (30 de marzo de 1556): «Es verdad que para seguir las cosas mejores y más perfectas, suficiente moción es la de la razón» (Véase la carta de Ignacio y su contexto en *Obras*, BAC, 1962, p. 943-945; la cita en p. 945). Ignacio, entre otras ocasiones, se sirvió del tercer tiempo en la *Deliberación sobre la pobreza* de las iglesias de la Compañía.
40. Es interesante el artículo de J.B. LIBANIO, «Considerarei como se estivesse no momento da morte... [186]», *Itaici*, 93 (2013), p. 53-65.
41. MELLONI, *La mistagogía...*, p. 231.
42. Puede verse: J. M. RAMBLA, *Escoger la vida*, Sal Terrae, Santander, octubre, 1993, p. 689-700.
43. Ignacio CASANOVAS, *Comentario y explicación de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*, Barcelona, Balmes, 1954, Introducción y Documentos, Tomos I y II, p. 493.
44. FESSARD, *La dialéctica...*, p. 118.
45. FESSARD, *La dialéctica...*, p. 113.
46. Cf. J. M. RAMBLA, *Ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola. Una relectura del Texto (2)*, EIDES n. 63, Cristianisme i Justícia, Barcelona, 2011, p. 10.
47. Para Ignacio, el jesuita a la hora de repartir sus bienes, antes de entrar en la Compañía o hacer su profesión religiosa, ha de dar preferencia a los pobres, antes que a la familia. Cf. *Constituciones*, 53. En un texto, probablemente escrito por el mismo Ignacio, se recomienda como más perfecto, a no ser que haya otra obligación mayor y clara, repartir los bienes a los pobres antes que a los familiares (Cf. *Monumenta Ignatiana, Constitutiones*, II, p. 42-43, nota 5).
48. Puede compararse este final con el final de Ej 189 y de Ej 233.
49. Véase el interesante estudio de P. H. KOLVENBACH, «Ejercicios Espirituales y amor preferencial por los pobres», en: *Decir... al «indecible»*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 1999, p. 171-182.
50. Recientemente, el papa Francisco ha hablado de su deseo vehemente de «una Iglesia pobre y para los pobres».

«Ayudar», con este verbo, Ignacio de Loyola expresó modestamente su gran deseo de hacer el bien a los otros. Bajo este lema de servicio y sencillez, la Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) ofrece esta serie de materiales ignacianos.

Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) Colección «Ayudar»

67. D. MOLLÀ. La espiritualidad ignaciana como ayuda ante la dificultad - 68. J. ROIG. El crecimiento espiritual - 69. L. YLLA - X. MELLONI - J. M. RAMBLA - D. OLLER. ¿De qué hablamos cuando hablamos de interioridad? - 70. P. TRIGO. Pedro Claver, esclavo de los esclavos - 71. J. GLÉNISSON. Una interpretación contemporánea de los Ejercicios de san Ignacio - 72. J. M. RAMBLA - SEMINARIO DE EJERCICIOS (EIDES). Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (3) - 73. J. MENACHO. «Para que aparezca la divinidad que trabaja en nosotros» - 74. J. M. RAMBLA - SEMINARIO DE EJERCICIOS (EIDES). Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (4)

Los títulos de esta colección se pueden descargar de internet a: www.cristianismeijusticia.net/es/eides

La Fundación Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos EIDES a quien los solicita. Si usted desea recibirlos, pídalos a Cristianisme i Justícia

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria 13 - 08010 Barcelona
93 317 23 38 - info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net



cristianismeijusticia



cijusticia



fespinal89

www.cristianismeijusticia.net/eides